SS
SERVICIO SECRETO

BB

TESTIGO DE SU MUERTE

joe mogar

JOE MOGAR

TESTIGO DE SU MUERTE

Col. SERVICIO SECRETO n.º 675
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 12.344-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: JULIO 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 1954/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
810. — ¡Te mataré, forastero!

En Colección BUFALO:
393. — Alias "Pistol Kendall".

En Colección SERVICIO SECRETO:
648. — ¡Han fusilado a mi esposa!

En Colección CALIFORNIA:
345. — Un garito en Cuervo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
364. — Una cabaña en el lago.

En Colección COLORADO:
284. — La vuelta del fugitivo.

En Colección KANSAS:
164. — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:
88. — Dos balas de plata.

En Colección PUNTO ROJO:
59. — Ruth morirá joven.



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba frente a aquella obra. Con algunos papeles en la mano, y el cronómetro en la otra.

Le vi, me fijé en él sin saber por qué y ojalá no lo hubiera hecho nunca.

Era de estatura algo inferior a la normal. Rubio y de ojos oscuros. Miró hacia arriba, justo cuando yo pasaba por allí, mirándole a mí vez.

Y fue en aquel preciso instante cuando la viga de hierro que sostenía la grúa, por encima de su cabeza, tal vez a sesenta o setenta yardas más arriba, se desprendió de la misma.

Netamente vi como su rostro se desencajaba, su vacilación, que apenas duró unos cuantos segundos, y cómo intentaba dar un salto hacia atrás. No lo consiguió. La viga llegó antes.

Al momento, y entre los transeúntes hubo unos instantes de pánico. Después una mujer gritó histéricamente. Luego el público corrió hacia el caído, aplastado materialmente bajo el peso del hierro.

Oí el silbato de un policía y miré en torno.

Notaba cómo las náuseas se iban apoderando de mí mientras el agente uniformado llegaba al lugar del accidente.

¿Accidente?

Era natural.

Miré de nuevo y después me escurrí entre el público.

Una cuadra más abajo tomé un taxi y me encaminé directamente a

mí oficina.

Al entrar en ella, ni siquiera hice caso de mi secretaria. Incluso cometí la grosería de no saludarla, y entré en mi despacho privado.

¿Accidente?

La pregunta me martilleaba el cerebro. Y, ¿por qué no? ¿Qué había visto yo en realidad para pensar lo contrario?

Incapaz de responderme a esta pregunta decidí no volver más a pensar en el asunto. Pero no podía.

¿Impresionado?

Si. Cualquiera puede sentirse impresionado, ¿por qué no? Cuando ve cómo delante de sus narices muere un hombre completamente aplastado.

¿Accidente o negligencia en el trabajo por parte del servidor de la grúa?

¿Asesinato?

Salté del asiento y me puse en pie cuando esta palabra me golpeó el cerebro con la fuerza de una maza. Acto seguido abrí el cajón central de la mesa despacho y saqué la botella de *whisky*.

Bebí un trago.

Después otro, y otro más. No sé cuántos más hubieran sido si en aquel momento no llega a entrar Marga Montesinos.

—¿Qué diablos te ocurre, Barry?

Ese soy yo. Todo un tipo según dicen las mujeres, aunque yo no lo crea.

BARRY ST. DURGAN —DETECTIVE PRIVADO

Eso es lo que dice la placa que hay en la puerta de mi oficina, y, como he dicho, ese soy yo.

Rubio y de ojos grises. Mido cerca de los seis pies y medio, y cuando tengo algunos dólares, cosa que ocurre pocas veces para mí desgracia, me gusta darme la gran vida.

Con mujeres.

Pero con mujeres como mi secretaria, que como dice bien su apellido, es medio mejicana y medio americana.

Al llegar a este punto en mis pensamientos, ella repitió la pregunta:

—¿Qué diablos te ocurre, Barry?

La miré.

Como otras veces. Como siempre. Como si no la hubiera visto nunca. Y es que Marga tiene muchas cosas que mirar, se la mire por dónde se la mire.

De pies a cabeza.

Un poco más alta de lo normal, con sus veintiún años apenas cumplidos, Marga es un ensueño de mujer.

Ojos grandes, rasgados, negros y sombreados de largas pestañas del mismo color. Como su pelo, que le cae en ondas naturales sobre sus hermosos hombros de diosa.

O como las ideas que se agolpan en mi mente cuando la miro.

Marga tiene de todo. La frente ancha, la nariz fina y recta, boca de labios rojos y sensuales. Senos altos, pujantes, audaces. Estrecha la cintura, y firmes y suaves las caderas.

¿Las piernas...?

¡El disloque!

Repliqué cuando vi cómo de nuevo abría la boca para preguntar por tercera vez:

—Nada, tesoro. Simplemente que estoy nervioso. Eso es todo.

Marga avanzó unos pasos y se sentó en el sillón cabalgando una pierna sobre la otra.

—¿Y bien...? —preguntó apenas se hubo sentado y mirándome a los ojos.

—Y bien, ¿qué? —inquirí a mí vez.

—Vamos, Harry, ¿por qué no me lo cuentas todo?

Nada había que contar. Esa era la verdad. En Nueva York ocurren diariamente cientos de accidentes. ¿Qué podía importarme a mí uno más?

Nada.

¡Absolutamente nada!

Respondí:

—Escucha, nena: ¿por qué no te empolvas un poco la nariz, te arreglas las costuras de las medias, cerramos la oficina y nos vamos por ahí?

Saltó del asiento y se puso en pie. Después se miró las costuras de las medias y dijo, mirándoselas aún:

—Están bien rectas, amor.

Luego miró su relojito de pulsera y acto seguido fijó en mí sus ardientes ojos negros. Entonces añadió:

—¡Barry! ¡Pero si son las once de la mañana!

Tomé otro trago antes de replicar:

—¿Qué tiene eso que ver, ricura? ¿Tantas ganas tienes de trabajar?

—Barry, a ti te pasa algo.

Pero salió del despacho antes de que pudiera decir nada.

Al quedar solo eché otro trago, guardé la botella y seguidamente me puse el sombrero.

Marga, con la falda a medio muslo, estaba empolvándose la nariz,

tal y como yo le había mandado. Marga es una buena chica.

Después se puso en pie, colocó un pie encima de la silla, se arregló la costura de la media, hizo lo mismo con la otra pierna y preguntó:

—¿Nos vamos entonces?

—Si. Te estoy esperando.

Aún hubo de hacerlo durante un cuarto de hora más mientras ella se maquillaba un poco y se retocaba con “rouge”. Luego vino a mí lado, salimos cogidos del brazo y deambulamos de un lado para otro hasta que llegó la hora de comer.

Más tarde fuimos a un cine y después a su apartamento. La dejé de madrugada, y ya en la calle, camino del mío, volví a pensar en aquello.

¿Accidente? ¿Asesinato?

Sacudí la cabeza, y la continué sacudiendo al meterme en la cama con ánimo de dormir.

No pude.

El trágico suceso, su recuerdo, me impidió pegar un ojo en toda la noche, y al día siguiente, cerca ya del mediodía, me cayó encima el primer cliente de hacía meses.

Por no perder la costumbre, tenía la botella de *whisky* en la mano cuando entró Marga, y también, para no perder la costumbre, sin llamar.

—Una mujer quiere verte, Barry —dijo sin más preámbulos.

La miré durante unos segundos y después guardé la botella en el fondo de uno de los cajones de la mesa.

—¿Qué quiere, tesoro? —pregunté.

—No lo sé, no me lo ha dicho.

Fui a decirle que pasara, ya que mi situación no me permitía andarme con muchos remilgos, pero la desconocida ya estaba allí. Enmarcada en el quicio de la puerta, como un maravilloso cuadro que me cortó el resuello.

—¿Va a recibirme, míster St. Durgan?

Me puse en pie casi de un salto, porque lo merecía.

Marga es morena y... Bueno, aquella era rubia.

Una rubia despampanante que me recordó a alguna de las más célebres actrices de Hollywood.

Tan alta como Marga, el pelo muy corto y rizado, y los ojos intensamente azules. El seno era juvenil, pujante, y podía competir con el de Marga, y aún más.

La rubia, jovencísima, podía muy bien tener un metro de busto y de ochenta u ochenta y cinco centímetros de cadera.

Las piernas, que se veían por el borde de la estrecha y corta falda, envueltas en bien relleno nylon, desde la rodilla, eran un sueño.

Un verdadero bombón de criatura.

Miré a Marga. Me hizo un mohín con los labios dio media vuelta y desapareció.

Entonces encaré a la rubia.

—Siéntese, ¿quiere?

Y le indiqué con un gesto uno de los sillones.

CAPÍTULO II

La rubia lo hizo dando las gracias y sin apartar sus azules ojos de los míos, ni yo tampoco de los suyos.

Esperé a que cabalgara una de sus magníficas piernas sobre otra, y lo hizo.

Suspiré para mis adentros ante la profusión con que las mostraba.

¿Asesinato?

Nuevamente el recuerdo del hombre aplastado por la viga de hierro me sacudió de pies a cabeza, y me sentí perplejo, porque sin que mi voluntad mediara en ello, estaba relacionando aquella visita con una muerte tal vez ocurrida por accidente.

Con un gesto, y sin decir nada, la indiqué que podía empezar cuando quisiera a exponerme el motivo de su visita.

Por toda respuesta abrió el bolso, extrajo un paquete de cigarrillos, me ofreció uno y se puso otro entre los rojos labios, gordezuelos y sensuales.

Me puse en pie y rodeé la mesa para darle con qué encender. Hecho esto expelió el humo y dijo:

—Gracias, míster St. Durgan.

Me senté frente a ella. Frente a sus rodillas.

—Usted dirá, *miss*...

Y sonreí para infundirla ánimos, digo yo.

—Me llamo Lucy Steiner —empezó—, y quiero contratarle para que descubra un cadáver.

Pregunté cuando me rehíce un poco apartando los ojos de sus piernas.

—¿Qué clase de cadáver, *miss* Steiner?

Sonrió con cierto aire de tristeza dolorosa.

—El de mi hermano. Estoy segura de que lo han asesinado.

Durante unos cuantos segundos permanecí pensativo y después dije:

—Vamos a ver, *miss* Steiner, ¿cuánto tiempo hace que falta su hermano de su casa?

—¡Oh! Apenas cuarenta y ocho horas.

Volví a mirarla. De pies a cabeza. Tenía mucho que mirar. Más que Marga.

Esbocé, pues, una sonrisa intentando burlarme de su preocupación, y ella frunció el ceño al notarlo.

—No me cree, ¿verdad? —preguntó—. Apuesto a que piensa que estoy loca, ¿no?

Se puso en pie enfrentándome ahora con los ojos centelleantes. Entonces hice un gesto de paz con la mano y respondí:

—Siéntese, ¿quiere?

Me miró dudando, pero al fin tomó asiento después de unos cuantos minutos de vacilación. No cruzó las piernas, lo que fue una lástima para mí.

—Escuche, *miss* Steiner —dije apenas lo hubo hecho—. El que la crea o deje de creerla no viene al caso, ¿comprende? Solo quiero que recuerde una cosa: Nueva York tiene un total de ocho millones de habitantes, y miles de sitios donde un hombre se pude ocultar para pasarlo bien, si así lo desea, durante días y días. Por otra par...

—¡Ese no es el caso, míster St. Durgan! —me interrumpió—. A mi hermano lo asesinaron. ¡Estoy segura!

No repliqué enseguida. Encendí un nuevo cigarrillo y conté hasta diez antes de hacerlo.

—Bien, *miss* Steiner —dije después, y muy suavemente—. ¿Por qué no me explica todo de un principio?

—Eso es lo que deseo. Verá... —hizo una breve pausa y a continuación añadió—: Mi hermano trabaja en la "American Company" de maquinaria textil y agrícola de Nueva York. Esta empresa está ampliando uno de sus edificios, con la calle Dieciséis cerca de Broadway —y perdí el resuello al recordar de nuevo al hombre aplastado bajo la viga de hierro, mientras ella continuaba—: Mi hermano tenía a su cargo una de las grúas. Es el que la manejaba, ¿comprende?

La atajé casi en seco:

—¿Va a referirme el accidente que hubo ayer en dicha calle? Al parecer alguien murió cuando una viga de hierro le cayó encima desde una altura de...

La rubia me atajó a su vez.

—¡Si! ¡El mismo! Y mi hermano era el que en aquel momento debía de estar manejando la grúa. ¿Me comprende usted, míster St. Durgan?

La comprendí al instante.

—Usted ha dicho "era", ¿verdad? ¿Quiere explicarme eso?

Arqueó una de sus bonitas y finas cejas.

—Verá, míster St. Durgan —replicó—. Mi hermano falta al trabajo desdé el día anterior al accidente. La empresa tuvo que contratar al primer obrero que se presentó reclamando el puesto.

—¿Y bien? —pregunté en vista de que callaba, sumamente

interesado en el relato.

—Contrataron a un hombre. A un tal Phil Donovan. Cuando ese otro murió, Phil Donovan debió de ausentarse temeroso de que le culparan del accidente y desapareció mucho antes de que llegaran los del Departamento de Homicidios. Y… Bueno, creo que eso es todo, míster St. Durgan. Ahora quiero que se haga cargo del asunte.

Después de estas palabras finales, la rubia me miró un tanto temerosa, tal vez temiendo que yo rehusara, o simplemente pensando en los honorarios que iba a llevarle.

No la dejé pensar mucho, si es que verdaderamente lo estaba haciendo. Como mujer, ella me gustaba más no con tanta rapidez como para que se diera cuenta que a mí me movía algún interés en aquel caso:

—De acuerdo, *miss* Steiner —dije—. Acepto.

—¿Cuánto debo pagarle?

Sonreí, y ella creyó entender mi sonrisa ya que dijo mucho antes de que yo pudiera añadir una sola palabra más:

—No se preocupe por eso, míster St. Durgan. Le pagaré hasta el último centavo de lo que me pida. Soy modelo y gano bastante. Bastante más de lo que necesito para mí sola.

Pensé que con un cuerpo como el suyo, cualquiera hubiera podido serlo. Pero lo que dije fue:

—¿Y se exhibe…?

Se enfadó:

—¡No sea imbécil, pesquisa! Soy modelo en una casa de alta costura —y acto seguido me dio las señas y tomé nota mental de ellas. Quedó unos momentos silenciosa y luego añadió—: Aunque antes, mi figura apareció en varias revistas, de esas que anuncian ropa interior de señora. ¿Algo más?

Si. Lo había.

Pero no podía decírselo, porque me gustaría tener en mí poder alguna de aquellas revistas de anuncios, con ella en primer plano.

Repliqué entonces dando de lado a mis pensamientos con un poderoso esfuerzo de voluntad.

—¿Habló con la policía, *miss* Steiner? —pregunté.

—Si.

—¿Qué opinan ellos?

—Que mi hermano aparecerá cuando menos lo espere. Que no me preocupe.

—Y usted no lo cree así, ¿verdad?

—No. Ya se lo he dicho.

—¿Hablaron de la desaparición de ese Phil Donovan?

—¡Lo hice yo, míster St. Durgan! Dijeron lo que ya le manifesté:

que asustado por el accidente que había provocado, huyó.

Pensé durante unos segundos, lo más rápidamente, y después dije:

—Déjeme sus señas por si tengo algo de interés que comunicarle, *miss* Steiner.

Me las dio y se puso en pie. Allá por Riverside Drive. Su hermano podía estar como simple obrero, a cargo de una grúa, pero ella vivía tal vez en uno de los lugares más elegantes de Nueva York.

—¿Cuándo... cuándo podrá decirme algo, míster Durgan? —preguntó.

—Tan pronto pueda, *miss* Steiner —repliqué comprendiendo ahora su impaciencia—. Voy a ponerme a investigar inmediatamente.

—¿Respecto a sus honorarios...?

—Le daré la cuenta tan pronto termine con mí trabajo.

Me miró suspicaz y añadí:

—No se preocupe, que podrá pagarlos.

Sonrió, pero como la primera vez que lo hizo, había tristeza en su sonrisa.

—Gracias, míster St. Durgan. Confío en usted.

Me tendió una manita, chiquita, de dedos finos y largos, que estreché con calor.

Después, siempre con la misma sonrisa en sus adorables labios, salió del despacho dejándome solo y con su espléndida figura fija en mis retinas.

¡Dieciocho o diecinueve años! ¡Ni uno más! Un verdadero bombón, aunque esto ya lo haya dicho antes.

Todavía estaba mirando la puerta, pero ahora sentado detrás de la mesa del despacho, cuando entró Marga.

—¡Cáscaras! —exclamó al verme, y poco académicamente por cierto —. ¡Apuesto a que esta vez te cazaron, Barry!

—No seas estúpida, Marga —fue todo lo que acerté a decir, pero con ideas de mandarla al diablo.

—¿No...? —soltó una de sus risitas, que me crispó los nervios y después añadió—: Pues la chica lo merece, aunque no merece llevarse como marido a un tipo como tú, Barry.

No repliqué a aquello.

Y mientras pensaba si debía hacerlo o no, ella se miró de pies a cabeza, incluso lo que abarcaba por detrás de sí misma, y, luego, mirándome, añadió con desfachatez:

—¡Pero, Barry! ¿Te has fijado que casi es una cría y tiene más fachada que yo? —y antes de que pudiera contestar soltó la otra pregunta con la misma velocidad que una bala—: ¿Qué deseaba la rubia, querido?

Se sentó sobre la mesa inclinándose hacia mí y cerré los ojos por no mirar las profundidades de su escotado vestido. Por tanto, sin mirarla, le referí todo en pocas palabras.

Cuando acabé de hacerlo, Marga había perdido todas sus ganas de broma con respecto a la rubia de físico inigualable.

Volvía a ser la secretaria eficiente de un tipo como yo.

—¿Por dónde vas a empezar, Barry? —preguntó.

—No lo sé aún.

—Pero te has hecho cargo del asunto, ¿no? Es enormemente interesante.

—Si. Muy interesante —musité con un gesto vago—. Mucho.

Fue entonces cuando empecé a contarle el accidente que presencié el día anterior en la calle Dieciséis. Acto seguido consulté el reloj de pulsera y me puse en pie.

Marga siguió sobre la mesa, como una bella decoración en mi destartalado despacho.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Sí, claro. Voy a ver si hago algo ahora mismo.

—Ten cuidado, ¿quieres? Ese asunto, además de interesante, puede ser también peligroso para ti.

—Sí, puede serlo —repliqué en tono evasivo.

Después la besé largamente en los labios mientras ella correspondía llevando sus brazos a mí cuello, y cuando nos separamos, luego de respirar fuertemente, preguntó:

—¿Nos veremos esta noche?

—Confieso que no lo sé, Marga. Pero si me da tiempo, y no vuelvo antes, iré a verte a tu apartamento.

Sonrió, me tiró un beso con la punta de los dedos, y salía a la calle, pensando en la felina y sugestiva figura de una rubia llamada Lucy Steiner.

CAPÍTULO III

Deambulé de un lado para otro hasta que tropecé con un "snack bar", donde pedí un *whisky* doble.

Entonces me puse a pensar.

En la rubia Lucy. En la morería Marga. Y en cadáveres desaparecidos, armando en mi mente un revoltijo de espanto.

Salí a la calle y retrocedí de nuevo hacia la oficina, Marga salía en aquel momento y me encaminé hacia ella.

—¡Hola, tesoro! —exclamé prendiéndola de un brazo—. Te invito a comer.

—¡Oh, Barry! ¡Eres un sol! Pero no dijiste que...

La interrumpí.

—He estado pensando un poco, ricura. Por ahí. Como hasta más tarde no tengo nada que hacer, decidí darme una vuelta con objeto de invitarte.

Si me creyó o no, no me importa. No me importaría nunca nada. Lo que las mujeres piensen de mí, tampoco me importa. Es la única forma de vivir un poco tranquilo.

Tomé mi coche, aparcado unas cuantas docenas de yardas más abajo y ella preguntó cuando se acomodó a mí lado:

—¿Alguna idea, pesquisa?

—Varias, ricura. Un montón de ellas —repliqué embragando ya—. Muchas y quizá ninguna buena.

Por el espejo retrovisor vi como arrugaba el entrecejo mientras intentaba, con vano empeño, bajarse la falda sobre los muslos.

—¿Quieres decir que no sabes cómo empezar? —preguntó.

—¡Claro que sé por dónde, tesoro! —respondí sin mirarla atento al tráfico de la calle, lo que era lamentable según mi punto de vista—. Pero lo que no sé es si dará resultado.

Comimos en un restaurante de Broadway y después la llevé de nuevo a la oficina. Cuando fue a bajar del coche intenté besarla, pero se zafó de mis brazos diciendo entre risas.

—Te lo daré en mi apartamento, Barry. Sabes que no me gusta estar mucho tiempo sola.

¡Un sol de secretaria!

En vista de esto la dejé sin pronunciar palabra y volví a empuñar el volante.

Una hora más tarde estaba frente a la susodicha compañía, situada

en el piso veintinueve de uno de los más modernos rascacielos de la Quinta Avenida.

ENTRE SIN LLAMAR

Esto fue lo primero que vi, casi frente a mí, justo en el momento de abandonar el ascensor.

Por tanto, empujé la puerta y entré.

Una amplia nave, con un largo mostrador frente a la puerta, a todo lo largo de la misma, y detrás, las mesas.

Muchas mesas y muchas mujeres. Demasiadas. Y ruido. De máquinas de escribir, calculadoras, etc.

Me acerqué al mostrador. Casi en el acto, una pelirroja de imponente aspecto, se levantó de detrás de una mesa y vino a mí lado situándose frente a mí.

—¿Qué desea, míster? —preguntó.

Miré sus grandes e insondables ojos color avellana y contesté:

—St. Durgan —y seguí mirando todo lo que tenía que ver y después añadí—: Deseo hablar con el jefe de personal.

Ella hizo una deliciosa mueca con sus adorables labios rojos.

—¿Está usted citado, míster St. Durgan?

—No. Pero es importante.

—Pues lo siento, pero tendrá que escribir pidiendo una cita.

Sonreí.

—He dicho que es importante. Y escuche, ricura: dígale a ese semidiós que Barry St. Durgan desea hablar con él, de cadáveres. De cadáveres y de accidentes. ¿Comprende?

Se sobresaltó agrandando aún más sus magníficos ojos y murmuró quedamente:

—Espere un momento, míster St. Durgan. Miraré a ver si puede recibirle.

—De acuerdo, tesoro —repliqué—. Vaya, pero estoy seguro de que me recibirá.

Se alejó y mis ojos quedaron prendidos en el suave y felino movimiento de sus piernas y caderas, hasta que la perdí de vista cuando desapareció por una puerta situada al fondo de la larga y espaciosa nave.

Y me hizo recordar a la rubia Lucy Steiner.

Suspiré tal vez por diezmillonésima vez desde que empezó aquello, y, suspirando, saqué el paquete de cigarrillos dispuesto a encender uno.

Pero no pude. La muchacha llegó antes.

—Por aquí, haga el favor —dijo apenas se encontró a mí lado.

Acto seguido descorrió hacia un lado una parte del mostrador y se echó a un lado para dejarme pasar.

La seguí procurando no mirarla mucho. Enturbiaba mis ideas, como toda mujer hermosa, y aquella lo era también.

Y mirándola casi no me di cuenta por dónde pasaba, ni que las miradas de las empleadas estaban fijas en mí y en mi hermosa acompañante, hasta que de pronto la oí decir:

—Ya puede pasar, míster St. Durgan. Míster Murphy le está esperando.

Miré.

A ella sobre todo, y a la acristalada puerta que tenía frente a mis narices y cuyo opaco cristal me impedía ver lo que había en el interior de lo que yo juzgué sería un despacho.

Dando las gracias a la muchacha, que se alejó en el acto, empujé la puerta.

Era un despacho.

Frente a la puerta, detrás de una enorme mesa atestada de papeles, había un hombre de unos cuarenta años, alto y fuerte. Su mirada brillaba detrás de los lentes con montura de oro.

No se levantó para recibirme ni dijo nada al verme, por lo que atravesé el umbral y cerré la puerta con el tacón del pie derecho.

Después avancé hacia la mesa.

—¿Míster Murphy? —pregunté.

—Si. Yo soy John Murphy. ¿Qué desea? Miss Alma Tempal dijo que quería verme. Policía, ¿no?

Le dejé que lo creyera así y me senté frente a él, sin ser invitado y sin pronunciar una palabra.

Luego de unos minutos de silencio, inquirió:

—Bien, míster St. Durgan, ¿qué desea?

—Hablar de cadáveres —repliqué fríamente.

—Eso fue lo qué me dijo *miss* Tempal —hizo una ligera pausa y preguntó después—: ¿Qué clase de cadáveres?

Me tomé unos segundos de respiro antes de formular la pregunta, pero sin contestar a la suya.

—Un hombre murió la otra mañana en la calle Dieciséis, míster Murphy. ¿Quién era?

Me miró con gesto suspicaz y adiviné lo que estaba pensando, con la misma claridad que si lo estuviera leyendo en un libro.

—¿Cómo? —inquirió repentinamente—. ¿No lo sabe? Pues ya se lo dijimos a la policía.

Acto seguido se puso en pie y rodeó la mesa. No me moví cuando se plantó frente a mí con las piernas ligeramente abiertas.

Fue entonces cuando hablé yo, antes de que él dijera lo que estaba pensando.

—Sé todo eso, míster Murphy, como también otras cosas más. Todas ellas han sido publicadas por la Prensa. ¿Quiere responder a mí pregunta? ¿Ahora?

—Era nuestro perito industrial —respondió, dejándose caer sobre uno de los cómodos sillones.

A mi lado. Frente a mí.

—¿Quiere decirme a qué fue a la obra, míster Murphy?

—Eso es algo que no sabemos. Chick Flanagan, que así se llamaba, debía haber estado trabajando aquí, pero no fue así. Algo inexplicable por completo.

—Bien, míster Murphy; dejemos esto por ahora —hice una pausa y añadí—: Dígame, ¿qué ha ocurrido con el verdadero servidor de la grúa? Con Ted Stiner. Si mal no recuerdo, él no se presentó aquel día al trabajo. Por tanto, tuvo que ser substituido, ¿no? ¿Por quién?

—Vino un hombre que solicitó la plaza y se la dimos. Dijo llamarse Phil Donovan.

—¿Puedo verle?

Volvió a mirarme con gesto suspicaz y yo volví a adelantarme a él antes de que pudiera responder:

—Sé que se le ha dicho a la policía que ese hombre desapareció a los pocos segundos después de ocurrido el accidente. Por eso pregunto de nuevo: ¿puedo verle?

Me comprendió de pronto y su rostro se crispó en una mueca. Después replicó con la voz un tanto ronca:

—¿Es que la policía no nos cree, míster St. Durgan? ¿Cree que ocultamos deliberadamente a ese hombre? ¿Algo más?

Contesté a su última pregunta. A la única que podía hacerlo.

—Sí —dije—. ¿Dónde vive o dónde vivía ese hombre?

—La policía tiene sus señas. Pregúntele a ella.

Ahora quien se puso en pie fui yo.

—Escuche, Murphy —dije enfrentándole y sin darle tratamiento alguno—. Quiero esas señas. ¡Búsquelas, que será mejor!

—¿Si…? ¿Y cómo piensa obligarme? ¡Porque usted no es policía ni mucho menos! Y si no, ¿por qué no me muestra su credencial?

Introduje la mano en el bolsillo interior de la americana y extraje la cartera. Acto seguido le mostré mi tarjeta de identidad, sabiendo lo que iba a ocurrir a continuación.

CAPÍTULO IV

Pero me equivoqué de medio a medio, porque el tipo de marras no se alteró en lo más mínimo. Incluso se diría que esperaba aquello. No, no se sulfuró.

Pero sí dijo:

—Conque uno de esos pesquisas, ¿eh? Y dígame, ¿quién le mandó meterse en este lío, míster St. Durgan?

—Es... —repliqué—. Pongamos secreto profesional. ¿No le parece?

Se puso en pie y me enfrentó.

—Escuche, pesquisa —dijo—. Voy a darle las señas de Phil Donovan. Por lo menos voy a darle a usted las que él nos dio a nosotros. Voy a hacerlo, pero no moleste más. Nada sabemos de todo esto y nada querernos saber. ¿Comprende usted? Ese tipo vive en...

Calló mientras alargaba la mano hacia la mesa para, acto seguido, pulsar un botón que había sobre el tablero de la misma.

Después, sin mirarme añadió:

—Ese Phil Donovan se presentó en demanda de trabajo. Le pregunté si sabía manejar una grúa y respondió que sí. No pedí referencias porque el asunto era urgente. Ahora le ruego que...

Se interrumpió ya que la puerta se abría en aquel momento, enmarcando en el umbral la figura sugestiva y graciosa de Alma Tempal.

—¿Llamaba, míster Murphy? —preguntó.

—Sí, Alma. Acompañe a míster St. Durgan al archivo y dele las señas de Phil Donovan. A mí se me han olvidado.

Salí detrás de ella sin despedirme de él.

Mientras caminábamos hacia los ficheros, y, halagado, me di cuenta de que sus ojos, grandes y profundos, como los de Marga, me asaeteaban durante todo el camino, hasta que llegamos al fichero.

Fue entonces cuando dije de sopetón:

—Si no tiene compromiso, *miss* Tempal, la invito a comer conmigo. ¿Acepta?

Dejó de remover fichas y me miró de frente.

Tenía una bonita boca. Tenía una bonita figura. Era bonita toda ella, para decirlo en pocas palabras.

—No sé si debo, míster Durgan —replicó al fin.

—¿Por qué no, ricura? ¿A qué hora sale?

Enrojeció un poco y volvió a prestar atención al fichero.

No insistí por un momento.

Unos segundos más tarde, Alma se volvía hacia mí diciendo:

—Phil Donovan vive en el 540 de la calle Hudson, míster St. Durgan.

Tomé nota, y ambos, yo siempre detrás de ella, atravesamos la nave donde estaban las muchachas y sus máquinas de escribir.

De nuevo detrás del mostrador la interpelé cuando ya iniciaba el retroceso:

—¡Miss Tempal!

—Sí, míster St. Durgan —replicó retrocediendo—. ¿Qué desea?

—¿Qué hay de esa invitación mía? —pregunté a mí vez.

Me miró, frunció el ceño y acabó por replicar:

—Bueno, la verdad es que no sé lo que hacer. Nunca he salido con un hombre, ¿sabe? —arrugó su fina naricilla y añadió tras una corta pausa—: Está bien, espéreme en la puerta a las tres de la tarde. Hoy la tengo libre —me miró del mismo modo que minutos antes lo hiciera Murphy y añadió—: Ya sé que no es por mí misma sino por causa de la investigación que lleva a cabo. No obstante, espéreme.

Sin responder, le tendí la mano, que ella estrechó con una sonrisa, y salí a la calle.

Conduje el "Ford" hasta el 540 de la calle Hudson. Una vez fuera del coche miré la sucia y gris fachada, y la estrecha puerta que daba acceso a una no menos estrecha y sucia escalera.

Ya dentro del portal, miré la tablilla indicadora.

Allí estaba.

Phil Donovan. Octavo piso, apartamento 18, letra F.

Maldije porque no había ascensor y acto seguido empecé a subir a pie.

El pasillo, largo, sucio, estrecho, sin ventilación, como todo lo que había allí. Finalmente la puerta.

Maldije de nuevo, y esta vez a la policía, ya que la puerta del apartamento de Phil Donovan estaba precintada. Y maldije porque aquello, el que yo no me atreviera a violar los precintos por entrar, podía suponer una posible pista que se esfumaba ante mis propios ojos.

¿Qué había encontrado allí la policía? Pero, ¿realmente había encontrado algo?

Desanduve lo andado hasta la calle, y, una vez frente al volante, consulté el reloj.

Las dos y quince minutos de la tarde. Embragué.

Cinco minutos antes de las tres, me hallaba frente a la puerta de la "American and Company", en espera de Alma.

Aparqué en la playa de estacionamiento y encendí un cigarrillo,

teniendo el motor funcionando al “ralentí”.

¿Alma era una posible pista? ¿De qué?

Las tres.

Un chorro de gente, el noventa y cinco por ciento, mujeres, empezó a salir casi al instante. Después fue decreciendo poco a poco mientras me esforzaba por ver si la descubría.

Salió la última.

Repentinamente la vi enmarcada en la puerta junto al uniformado portero y como indecisa mirando a ambos lados de la calle.

Sonriendo la llamé:

—¡Miss Tempal...!

Su rostro se iluminó con una sonrisa que a mí pesar se me antojó un tanto triste, y con complacencia clavé mis ojos en él contoneo suave de su cuerpo cuando avanzó contoneando las caderas.

Después, y, de una forma súbita, cuando apenas le faltaban unas yardas para llegar al Coche, se desplomó.

Ante mi estupor cayó al suelo a plomo, dio una vuelta completa sobre sí misma y finalmente quedó boca arriba, con los brazos en cruz, y mostrando una de sus maravillosas piernas en su totalidad, mientras la otra quedaba bajo el cuerpo en una extraña y trágica postura.

Vi correr al portero. Oí gritar a la gente, y, repentinamente, esta formó un remolino alrededor de ella ocultándomela a los ojos.

No salté del coche. No me moví, no deseando dar otra oportunidad al asesino para que me baleara también. Porque yo estaba seguro de que Alma, lo mismo que el perito, lo mismo que Ted Steiner y Phil Donovan, había sido asesinada.

Fue al llegar a este punto de mis pensamientos cuando el cristal del parabrisas se astilló de repente.

No lo pensé dos veces, ni siquiera una, aunque durante unos cuantos segundos permanecí inmóvil, alelado, incapaz de reaccionar, y después me lancé de cabeza hacia al fondo del coche.

Entonces oí el silbato de un policía y las sirenas de la Brigada Volante.

Suspiré.

Luego me incorporé y salté del coche a la calzada. Me abrí paso a codazos hasta llegar a la primera fila, mientras detrás de nosotros, dos coches del Departamento de Homicidios se detenían con un espeluznante chirrido de frenos y aullido de cubiertas sobre el asfalto.

La miré sin darme cuenta de nada más, y al mirarla, supe que, efectivamente, Alma estaba muerta. Asesinada.

¿Por qué? ¿Para que no hablara conmigo?

Entonces, ¿quién diablos nos oyó citarnos? ¿Quién había quedado

dentro del edificio de la "American and Company" cuando salieron todos los empleados?

Mirando la gran mancha de sangre qué tenía en el pecho, aunque después supe que la habían matado por la espalda, recordé sus palabras finales cuando se despidió de mí.

Alma dijo que tenía la tarde libre. ¿Por qué? ¿Un permiso tal vez?

Unos suaves golpes dados sobre mi hombro izquierdo me hicieron sobresaltar. Después me volví, para enfrentarme con el teniente Pete Chandos del Departamento de Homicidios.

Me miraba igual que ya en una ocasión lo hizo Murphy, el jefe de personal de la "American and Company". Por lo visto, desde que empezó aquel caso, todo el mundo me tenía que mirar así.

Preguntó antes de saludarme:

—¿Qué haces aquí, pesquisa? ¿Quién es esa chica?

Repliqué sabiendo por experiencia que con él no servían evasivas de ninguna clase.

—La chica se llamaba Alma Tempal, Pete. Tenía una cita conmigo y la mataron cuando avanzaba hacia mi coche.

—¿Si...? Oye, Harry, ¿por qué no eres buen chico y me esperas en tu coche? Me interesa hablar contigo.

—Bueno, pero, ¿no me vas a dejar meter las narices en esto?

—¡Noooo...! ¡Por supuesto que no!

Inicié un conato de sonrisa que no me salió del todo mal.

—Estoy metido ya, Pete —dije después—. Hasta el cuello. Alguien me pagó para investigar una desaparición, y el resultado es esto que estás viendo. Una hermosa muchacha asesinada cuando iba a entrevistarse conmigo.

Seguía mirándome igual que antes. Deseé mandarle al cuerno pero no lo hice.

—Bueno, Harry —replicó al cabo de unos segundos—. Sé buen chico y espérame en tu coche, ¿quieres?

—¿Entonces...?

—¡Lárgate ahora que tengo trabajo, Barry!

Me encaminé hacia el coche.

Allí le esperé hasta que la ambulancia se llevó el cadáver de la pobre Alma.

Pete Chandos llegó cuatro minutos más tarde. Abrió la portezuela, del "Ford" ocho plazas, modelo actual, y se acomodó a mí lado con el rostro ceñudo.

Di el encendido y, antes de pisar el embrague, le miré.

—¿A dónde te llevo, sabueso?

—Al precinto, Barry.

Arranqué suavemente camino de la calle Ciento trece Oeste.

Así avanzamos por entre el tráfico, intenso a aquella hora de la tarde, en el más completo silencio, hasta que él habló cuando ya estábamos a mitad del trayecto.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Barry? —preguntó.

—¿Qué es lo que debo contarte, Pete? —pregunté a mí vez.

Al pronto no respondió. Sacó el paquete de cigarrillos, me puso uno en la boca, encendió el mío y el suyo y después de aspirar y expeler el humo, replicó:

—Todo, Barry. Y al decir todo, me refiero a tu intervención en esto. Además, debes saber que, por ahora, soy yo el único que sabe que esa muchacha estaba citada contigo. Me entiendes, ¿no?

¡Claro que lo entendía! Pete Chandos era un buen amigo mío, pero por encima de su amistad estaba la ley que representaba.

No obstante, pregunté para ver si de todo aquello podía sacar alguna tajada para mí:

—¿Qué gano yo a cambio, Pete?

—¡Un cuerno vas a ganar, Barry! —replicó bruscamente—. Desembucha, ¿quieres?

—Escucha, Pete —dije, esforzándome por sacar algo en claro de todo aquello—, voy a contártelo todo, pero necesito también tu ayuda. Prométeme tu contarme todo lo que sepas de esto, y trabajaré para ti hasta el final. Los laureles serán tuyos. ¿Qué respondes?

Sus ojos, en extremo suspicaces, se clavaron en mi rostro, pero no desvié los míos de la calle con su intenso tráfico.

—Está bien, Barry —replicó al fin—. Desembucha. Lo hice poco a poco hasta que terminé.

CAPÍTULO V

Durante nías de cinco minutos, Pete Chandos estuvo mirándome en el más completo mutismo.

—¿Eso es todo, Barry? —inquirió después.

—¡Claro que sí! ¿Es que no me crees?

—Aún no lo sé —replicó fríamente—. ¿Dónde vive Lucy Steiner? —preguntó como colofón final.

—Creí que ya lo sabías, Pete. Ella me dijo que de esto ya había hablado con la policía. Pero, en fin, si deseas que te las repita yo también lo haré. Lucy Steiner vive en el 3.071 de Riverside Drive.

Calló.

Así, en silencio, dejé pasar unos cuantos minutos. Después pregunté:

—¿Qué encontró la policía en el apartamento de Phil Donovan, Pete?

Tardó más de dos minutos en responder:

—Nada, Barry. Absolutamente nada. Y eso es lo extraño de todo, y puedes creerme cuando te digo esto.

Le creí. ¿Por qué no?

Pregunté de nuevo:

—¿Cómo han matado a Alma...? Tal vez con un rifle, ¿no?

—Si. Eso es lo que creo. Le dispararon por la espalda, y, al parecer, desde el mismo edificio de la “American and Company”. La bala la atravesó de parte a parte.

Miró el cristal del parabrisas, cosa que yo no le había visto hacer en todo aquel trozo de trayecto y preguntó:

—¿Dispararon también contra ti, Barry?

Repliqué con la misma ironía que él empleó para preguntar:

—¿Tú qué crees? ¿Qué lo rompió cualquier rubia que yo llevaba dentro del coche, con el tacón del zapato, para pedir socorro por el agujero? —le miré a través del espejo retrovisor y añadí—: ¿Qué opinas del asunto, Pete? Me refiero a la desaparición de Ted Steiner y Phil Donovan, relacionándolo con el accidente ocurrido en la calle Dieciséis. ¿Accidente o asesinato? ¿Cuál es tu criterio?

Pete Chandos fumó en silencio durante unos minutos y después replicó con gesto evasivo:

—Es pronto para opinar con certeza, Barry. Estamos investigando ahora. Eso es todo por el momento.

De nuevo le miré por el retrovisor, y al segundo siguiente volví a la carga con una nueva pregunta:

—¿Quién quedó dentro del edificio de la “American and Company” después que salió el personal?

—Cuatro personas, Barry. Tres hombres y una mujer.

Acto seguido me dio los nombres y así supe que uno de los tres hombres era Murphy, jefe de personal de la empresa.

En fin, el único, según mi propio criterio, que me había visto hablando con Alma Tempal.

—Uno de ellos es el asesino, Pete —afirmé categóricamente.

A mi afirmación siguieron unos cuantos minutos del más completo silencio, en los cuales le advertí pensativo. Al fin se decidió a contestarme, y cuando lo hizo, confieso que su respuesta me desconcertó un poco.

—No necesariamente, Barry.

—¿Por qué? —pregunté.

Pero Chandos aprovechó la ocasión de que estábamos llegando para dar la callada por respuesta. Por tanto, en silencio, aparqué el coche junto al bordillo de la acera y él abrió la portezuela del “Ford” diciendo:

—Puedes decirle a *miss* Steiner que no vas a seguir con su caso, pesquisa.

—¡Y un cuerno, Pete! —repliqué en el colmo del asombro, para añadir a continuación—: ¿Por qué? ¿Qué interés tienes tú para que no lo haga?

Entonces lo soltó.

—Sospecho de ti, Barry —dijo con absoluta tranquilidad—. Tú has podido muy bien citar a la chica, aparcar frente a esas oficinas mientras que un cómplice tuyo, apostado dentro del edificio, disparaba contra ella. No olvides que si la mataron, fue porque Alma Tempal sabía demasiado, y tú eres demasiado amigo de los dólares. De la gran vida, Barry. Alguien pudo complicarte en esto. ¡Qué sé yo! Pero pienso averiguarlo.

Aquello era lo más descabellado que había yo oído en mi vida. Algo que me tomó completamente de sorpresa. Pero cuando quise reaccionar, Pete Chandos estaba entrando en el gris edificio del precinto policíaco.

Nuevamente consulté el reloj. Apenas si eran las cuatro de la tarde.

¿A qué hora salía Lucy Steiner de la casa de modas?

Embragué, solté el pedal del freno y partí de allí a todo gas, renegando de Pete Chandos, de su amistad, y de todo el precinto policíaco a que él pertenecía.

Conque había sido yo, ¿eh?

Detuve el "Ford" en pleno Manhattan Oeste y entré en el primer bar que vi. Mediante la guía averigüé el número telefónico de Lucy Steiner, y disqué.

No estaba.

De nuevo con la guía en la mano busqué el de la casa donde trabajaba.

Pregunté por ella. Unos minutos más tarde la tenía al otro lado del hilo, preguntando con ansiedad:

—¿Míster St. Durgan...? ¿Es que ocurre algo?

—No —me apresuré a tranquilizarla—. Simplemente la he llamado para hacerle una pregunta: ¿dónde puedo verla? Necesito aclarar unos cuantos detalles con usted, *miss* Steiner?

Hubo unos instantes de silencio por parte de ella, hasta que la oí responder:

—Si no es muy urgente, míster St. Durgan... —vaciló unos cuantos segundos y al fin añadió—: ¿Puede ir a mí apartamento a las siete? Allí podremos hablar completamente tranquilos.

—De acuerdo, *miss* Steiner —respondí—. A las siete estaré allí.

—Le estaré esperando a usted.

De nuevo di mi asentimiento y ella colgó. Lo hice a mí vez y fui a la barra del mostrador. Pensando.

Apuré un *whisky* y después otro. Continué pensando por espacio de media hora más, y entonces salí a la calle.

Me encaminé a mí apartamento pensando en Marga. En las cosas de Marga, y en todo lo de Marga. ¡Una lástima que no estuviera ahora conmigo!

Frente al número 5.451 de la calle Trece Este aparqué el coche y después la crucé hacia el edificio de apartamentos en cuyo piso treinta tenía el mío.



—¿Cree que Flanagan estaba haciendo chantaje?

Directamente me encaminé al ascensor, pero antes de llegar a él me llamó la portera.

Una vieja chismosa, como todas las porteras, y que me espetó apenas me tuvo frente a frente:

—No sabía que tenía usted una prima tan hermosa y elegante, míster Durgan.

Ni yo tampoco. Esa era la verdad, pero no lo dije.

Lo que repliqué fue:

—¿Es que ha venido?

—Si. Está en su apartamento. Le di una de las llaves maestras para que entrara.

—Gracias.

Extraje cinco dólares del bolsillo y se los di. Sonrió.

—Ella ya me dio propina, míster St. Durgan.

—Es lo mismo. De todos modos, puede quedarse con ellos, *mistress* Kane.

Dando media vuelta me encaminé al ascensor y penetré dentro.

Una mujer.

Una mujer hermosa y elegante.

Esa era la opinión de la portera. La mía fue distinta tan pronto como la vi, aunque después tuve que rectificar mi primera opinión. Pero aun así, a primera vista, era sensacional en todos los aspectos.

En cuanto a la elegancia que pudiera tener, brillaba por su ausencia, en cuanto a ropa se refiere ya que no llevaba encima nada más que una sencilla blusa sin mangas, de atrevido escote, y unos cortísimos "shorts", que dejaban al descubierto unas magníficas y morenas piernas, hasta mucho más arriba de las rodillas.

Los pies eran chiquitos y calzados con zapatos de tacón alto. De unas ocho pulgadas, según calculé mentalmente.

Se encontraba tendida a todo lo largo del sofá, en el "living", con un cigarrillo en la mano izquierda, hojeando una de mis revistas.

Se puso lentamente en pie cuando me vio entrar, vino hacia mí, mientras que yo, tan pronto la vi moverse, comprendí que la chismosa portera tenía razón.

Incluso con una simple blusa y los "shorts", aquella mujer era elegante.

Y muy joven. Tanto como pudiera serlo Lucy Steiner. Tan hermosa o más que ella.

Su pelo castaño le caía en cascada rizosa, en bucles de seda, sobre sus redondos y casi desnudos hombros, mientras que su pujante y firme seno jugaba suelto debajo de la blusa que le cubría.

Sus ojos verdes, oscuros, estaban fijos en los míos mientras movía sus caderas de ánfora y sus magníficas piernas desnudas.

Avancé un paso y ella se detuvo rozándome.

—Hola, prima —dije—. ¿Cómo estás?

Acto seguido la tomé por la cintura y la besé en sus rojos y sorprendidos labios.

Me separé al instante, en guardia, por lo que pudiera suceder a continuación.

Pero ella no reaccionó como yo esperaba. Parada frente a mí, con el

rostro encendido violentamente, respirando como pez fuera del agua, me miró.

Luego, y ante mi estupor, rompió en una franca y alegre carcajada.

—¡Me está bien empleado! —exclamó después y sin perder su alegre expresión que acto seguido cambió por otra más seria, para añadir—: Perdone esta invasión de su domicilio, míster St. Durgan, pero deseaba hablar con usted y no sabía dónde encontrarle.

—Siéntese, ¿quiere? —la dije—. Está en su casa.

Sonrió ante la ironía de mis palabras y giró en redondo para ir a sentarse en el sofá. Y me pareció de espaldas tanto o más hermosa que cuándo la tenía de frente.

¿Por qué no la enfadó mi beso como era lógico? ¿Qué deseaba?

Su voz, de suaves y educadas tonalidades, interrumpió mis pensamientos.

—Me llamo Linda Farrell, míster St. Durgan —dijo—. Soy...

Hice un gesto que la interrumpió, y, dando media vuelta, fui al mueble-bar y después al frigorífico donde preparé dos whiskies con cubitos de hielo.

Hecho esto regresé a su lado y le ofrecí uno, que aceptó. Después me senté mirándola.

Una fantástica y maravillosa visión, con una no menos maravillosa y fantástica anatomía. Una hermosa mujer donde las hubiera. Miré sus manos. No estaba casada. Ni siquiera comprometida.

Saqué el paquete de cigarrillos. Encendí dos, y le di uno. No rehusó tampoco.

—Sien, *miss* Farrell —pregunté—, ¿qué desea de mí la directora general de la “American and Company”?

—Contratar sus servicios —respondió ante mi estupor.

—¿Para qué? —repliqué tan pronto como me rehíce.

Linda Farrell contestó a mí pregunta con otra:

—¿No quiere ayudarme?

—¿Por qué no? Pero antes deseo saber qué la ha traído aquí, a mí apartamento.

Quedó unos segundos silenciosa y después añadió:

—Yo estaba en el edificio de la “American and Company” cuando desde el mismo asesinaron a esa muchacha. A Alma Perkins.

—Lo sé —repliqué—. ¿Qué más?

Bebió un trago y luego fumó en silencio durante unos minutos, al cabo de los cuales dijo:

—¿Cómo lo sabe, míster St. Durgan?

—Hablé con la policía, *miss* Farrell. El teniente Chandos es bastante amigo mío. Y usted, ¿cómo sabía que un pesquisa llamado Sr. Durgan

investigaba sobre esa muerte?

—Míster Murphy, nuestro jefe de personal, habló con usted. Él dijo que...

La atajé con un gesto. Nada me importaba lo que de mi pudiera decir el tal Murphy.

—Bien. Dejemos eso, *miss* Farrell —dije—. ¿Qué es lo que desea en concreto de mí?

—Que descubra al asesino de Alma Perkins. Sé que ha sido uno de nosotros. Una de las cuatro personas que componemos el Consejo de Administración de la “American and Company”. ¿Comprende mi angustia, míster St. Durgan? Aceptará, ¿verdad?

—Aún no lo sé, *miss* Farrell —repliqué.

Hubo un extraño silencio entre los dos, después de mis palabras.

CAPÍTULO VI

Y como viera que me miraba atentamente, como na dando crédito a lo que oía, agregué:

—Nada me dice que no haya sido usted misma, muchacha. Nada ni nadie.

Respingó sobre el sofá y a continuación extendió sus magníficas extremidades a todo lo largo. Frente a mis ojos. Frente a ella.

—¡No sea imbécil, pesquisa! —replicó con voz ronca—. Si fuera así, no estaría ahora rogándole que aceptara un trabajo. Después de pagarlo, rogándole, míster St. Durgan.

—Escuche, nena —dije—. Según lo veo yo, y ya que ha habido varias muertes, una de ellas, tal vez la tercera, la del perito industrial de ustedes, su visita aquí, *miss* Farrell, puede tener dos finalidades.

Callé para beber un poco, mirándola, haciéndolo por encima del borde del cristal del vaso.

—¿Qué dos finalidades son esas si puede saberse, tipo listo?

Dejé el vaso sobre la mesita ratona y respondí sin dejar de mirarla:

—Primera: que usted sabe, como yo, que estas muertes están relacionadas entre sí, y ha venido aquí con ánimo de tirarme de la lengua. Después, si mis conocimientos resultan peligrosos... ¡al charco conmigo! ¿No es así, muchacha? Y, finalmente, la segunda —añadí aprisa antes de que ella me pudiera interrumpir—, puede ser una finta para encauzar mis investigaciones por otro lado. Por miedo, ¿no?

Se puso en pie de un salto. Sus ojos centellearon cuando los fijó en los míos. Como dos dardos, como dos puñales.

—Esa es la mayor imbecilidad que he oído en mi vida, pesquisa —dijo.

Volvió a sentarse Cabalgó ahora una pierna sobre la otra y añadió:

—Descubra a ese hombre o mujer, y le pagaré lo que me pida, más gastos adicionales. ¿Qué le parecen quince mil dólares para empezar? ¿O prefiere un talón en blanco al final de todo para que usted ponga la cantidad?

Soltó las dos últimas preguntas finales con la misma velocidad que una ametralladora, y después calló, mirándome.

—Sean quince de los grandes para empezar, *miss* Farrell —repliqué —. Ahora, ¿quiere darme las señas de los otros dos que componen su Consejo de Administración?

Sonrió.

—No creo que haga falta, míster St. Durgan —repuso—, si esta noche está en mi casa sobre las diez.

La miré largamente, pensando en muchas cosas, y después pregunté:

—¿Quiere decirme para qué?

Contestó con otra pregunta:

—¿Olvida que hoy es viernes, pesquisa?

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Muy sencillo, polizonte. Vamos a pasar el fin de semana en una cabaña que tengo a orillas del mar, a unas sesenta millas de Nueva York. Mis tres consejeros estarán allí.

La miré pensativo.

—Iré, *miss* Farrell —dije después—. Ahora debo decirle que tenga mucho cuidado de aquí a la noche.

Me miró a su vez y se puso en pie.

—¿Por qué? —preguntó.

—Alma Perkins fue asesinada porque iba a hablar conmigo, ¿comprende? Usted lo ha hecho ya.

—¿Está tratando de asustarme?

—No; simplemente trato de prevenirla.

Se inclinó sobre el sofá y, alargando la mano, tomó el bolso de rafia roja. Lo abrió y la introdujo dentro de él. Cuando la sacó, me vi frente al cañón de una automática.

Una chata y fea pistola calibre 45.

Pregunté mientras ella sonreía:

—¿Para qué quiere ese cañón, *miss* Farrell?

—Ese asesino —replicó fríamente— no me encontrará desprevenida, míster St. Durgan.

Sonriendo susurré:

—Me alegro de verla tan animada, *miss* Farrell. Entonces hasta la noche, ¿no? Ande, vamos, la llevaré a su casa en mi coche.

Se acercó a la puerta sonriendo.

—No es necesario, míster St. Durgan. Tengo abajo mi coche.

Seguí detrás de ella hasta la misma, y una vez allí se detuvo para mirarme.

—Hasta la noche entonces —dijo con los ojos brillantes.

Y ante mi sorpresa me ofreció los labios, y yo la estreché contra mi pecho besándola.

Cuando nos separamos pregunté:

—¿Qué intenta, Linda? ¿Aturdirme o conquistarme?

—¿Por qué no esto último, Barry? La misión de toda mujer en este mundo es el matrimonio, y soy soltera, y sin compromiso alguno.

Lanzó una tenue carcajada y admiré el suave balanceo de sus caderas cuando se encaminó a la puerta del ascensor...

Pulsó el botón de llamada, y cuando se introdujo dentro me tiró otro beso con la punta de los dedos.

Después, lo último que vi de ella, fue su alegre sonrisa.

Unos instantes más tarde me encontraba en mi dormitorio. Cambié mi traje por una chaqueta “sport”, pantalones grises y zapatos negros. Hecho esto guardé la automática en la funda de la axila y salí nuevamente a la calle.

A las cinco y cincuenta y cinco minutos me encontraba frente el edificio donde vivía Lucy Steiner. La explosiva modelo de una casa de modas.

La de los anuncios de ropa interior de señora.

Crucé la calle y entré.

Una vez frente a la puerta de su apartamento pulsé el botón del zumbador.

Lucy Steiner tardó más de tres minutos en abrirla, y cuando lo hizo perdí el resuello.

Un simple batín de seda, corto hasta medio muslo y unas zapatillas planas. Esto era todo lo que llevaba puesto encima.

Se apartó a un lado de la puerta con la sonrisa en la boca.

—Le estaba esperando, míster St. Durgan —dijo por todo saludo sin perder la sonrisa—. Pase, ¿quiere?

Entré.

Luego, cuando Lucy cerró la puerta a nuestra espalda y echó a andar hacia el interior, la seguí hasta el “living”, pendiente hasta de sus más mínimos y felinos movimientos.

—Siéntese, Barry —dijo—. Puedo llamarle Barry, ¿verdad? Es más íntimo, ¿no?

Contesté que sí, y Lucy añadió:

—Voy a prepararle algo de beber, si lo desea.

Diez minutos después, con dos altos vasos en la mano, se sentaba a mí lado, cruzando las desnudas piernas, extendidas frente a ella.

Me alargó uno y empecé a beber notando que sus ojos no se apartaban de mí.

—¿Es usted casado, Barry?

Se me atragantó el *whisky* y ella echó la cabeza hacia atrás para reír. Fue entonces cuando por primera vez sentí deseos de besarla.

—¡Cuernos, no! —repliqué cuando el acceso de tos me dejó hacerlo —. De ningún modo.

Hubo una pausa entre los dos, y después, Lucy volvió a la carga.

—Esa chica... Su secretaria, ¿qué es para usted, Barry?

—Simplemente una amiga, además de secretaria, Lucy.

—¿Una buena amiga...?

No me gusta que me tomen la filiación completa, y, al parecer, ella quería hacerlo. Por tanto, contesté dando un nuevo giro a la conversación:

—Dígame, Lucy, ¿le dijo su hermano, alguna vez, a qué se dedicaba la "American and Company", además de lo que todos ya sabemos?

Lucy agrandó mucho los ojos y después bebió un trago.

—Si. Pero creí que ya lo sabía.

—Pude saberlo, efectivamente, pero no quise preguntárselo a Linda Farrell, ricura. ¿De qué se trata?

—¡Oh! Importa y exporta maquinaria agrícola y textil, Barry.

—¿Nada más?

—Importar, lo que se llama importar, no. Pero sé que fabrican motores. De coches y de avión. Para los reactores de la "Pan American" entre otras. ¿Por qué?

Hice caso omiso de su pregunta y durante unos segundos quedé perplejo, y después, poco a poco, una idea fue naciendo en mi mente hasta que se perfiló por completo.

Entonces me sentí aún más perplejo.

¿Por qué y cómo?

Aquella era la incógnita que se planteaba. Tanto es así, que Lucy tuvo que interrumpir mis pensamientos con una pregunta.

—¿Algo más, Barry?

Sí, habían muchas cosas más. Pero, ¿por dónde y por quién empezar?

La miré, replicando ya:

—¿Conocía usted a Chick Flanagan el perito industrial, Lucy?

—Sí, claro. Mi hermano me lo presentó en una ocasión.

Pensé rápidamente.

—¿Qué tal persona era? —pregunté.

Lucy hizo un mohín y no contestó.

Insistí.

—¿Por qué no contesta, Lucy?

Bebió ahora hasta apurar el contenido del vaso.

—No me gustaba en modo alguno, Barry —afirmó después descruzando sus magníficas piernas.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! Pero no me gustaba. Era... Bueno, creo que ni yo misma me entiendo. Tal vez fuera porque gastaba mucho dinero. A manos llenas. Mucho, mucho más del que ganaba en la empresa. Y no tenía bienes. Eso me consta.

No dijo cómo le constaba a ella, ni yo pregunté.

Después de sus palabras, entre nosotros reinó un largo silencio, que rompí yo con una pregunta:

—¿Tenía alguna amiga, Lucy?

—¿Quién? ¿El? No. No que yo sepa. Flanagan no era de esos aunque le hacía el amor a toda mujer que se cruzaba con él.

—¿También a usted, Lucy?

—También a mí, Barry, pero nunca pudo conseguir nada —se apresuró a afirmar—. Aunque lo intentó varias veces, tedas ellas a espaldas de mi hermano.

Callaron de nuevo y aproveché el momento para beber.

Luego de unos minutos, y, ya apurado de *whisky* del vaso, dije:

—¿Creé que Flanagan le estaba haciendo chantaje a alguien de la empresa y que por eso le mataron?

Lucy no replicó al pronto, pero se acercó más a mí. Después se inclinó y al punto deseé mirar a otra parte, y no adónde iban mis ojos.

Los aparté. Fui a insistir, cuando ella replicó:

—Es una posibilidad que no se me había ocurrido, Barry. Pero, ¿a quién y por qué?

Sonreí con suficiencia.

—El "por qué" ya lo sé, Lucy. Ahora solo deseo saber a quién.

Se removió inquieta en el sofá, rozándome, mirándome con los tentadores labios entreabiertos, muy cerca de los míos. Tan cerca que su aliento quemante me daba en el rostro.

—¿Y mi hermano, Barry? —preguntó en un susurro.

—Todo está unido, Lucy. Según empiezo a ver las cosas, Flanagan estaba haciendo chantaje a alguien de la empresa por algo que vio dentro de la misma, o por otra causa cualquiera. Ese alguien le citó en las obras. Pero antes tuvo que enviar fuera a su hermano de usted, que era el que manejaba la grúa. Entonces pagó a uno de esos asesinos profesionales. A un tal Phil Donovan, que fue a la empresa, donde tomó a cargo la grúa. Una vez en las obras esperó a que Flanagan llegara a ellas, y una vez le tuvo debajo soltó sobre él la viga de hierro aplastándole contra el asfalto. Hecho esto se marchó. Ahora solo me queda buscarle y hacerle cantar.

Pero no quise decir, que si alguna vez llegaba a encontrarle, sería su cadáver.

Lucy seguía tan cerca como antes, con los labios entreabiertos, mirándome fijamente.

—Entonces, Barry, ¿cree usted que mi hermano está muerto, que le han matado?

Sin poderme contener la besé suavemente en los labios, y no se

apartó de mí, si bien no respondió a mí caricia, ni se mostró sorprendida por ella.

Repliqué entonces pensando en que de un modo u otro, conseguiría besarla de nuevo, y que ella respondiera:

—¡Nada nos dice que le hayan matado, Lucy!

—Pero tampoco que esté vivo, Barry.

—No. Tampoco, pero yo no desespero de encontrarle con vida. Deme un poco más de tiempo.

Ella se separó ahora un poco de mí y consultó su reloj.

—Son las seis y media de la tarde, Barry —dijo—. Si no tienes nada más que preguntarme, desearía tomar una ducha. Estoy invitada esta noche a las diez, y deseo arreglarme un poco.

—No. Por ahora nada más, aunque más adelante se me puede ocurrir algo nuevo.

Me puse en pie sabiendo que sus palabras anteriores significaban una despedida, y lo lamenté. Lo lamenté sinceramente.

Pero me equivoqué con ella, ya que apenas me vio en pie dijo, sin moverse del sofá en que estaba sentada.

—¿Es que se marcha, Barry?

—¡Claro! —dije—. Aquí ya no tengo nada que hacer.

Me miró de pies a cabeza.

—¿Y en la calle? —preguntó después.

—Tampoco. Hasta las diez de la noche.

—Entonces, ¿por qué no se queda a hacerme compañía? Hasta las diez tenemos tiempo, y yo me encuentro muy sola.

Se puso en pie y vino a mí lado. Quedó frente a mí, sin notar que el batín se había abierto a ambos lados de su cuerpo de diosa.

—De acuerdo, Lucy —dije con voz ronca—. Mientras usted se arregla, yo beberé un trago y utilizaré su teléfono.

Sus ojos chispeaban cuando preguntó:

—¿A su secretaria, Barry?

—Claro. Tenía que ir a verla, y se me atravesó después esa cita. Tengo que disculparme...

—¿Y no le araña? —preguntó ella atajándome.

—¿Arañarme? ¿Por qué?

Sonrió mientras se acercaba a mí.

—Porque yo lo haría, Barry. Si usted me visitara en mi apartamento, y me dejara por acudir a una cita con otra, le arañaría.

Me eché a reír prendiéndola por un brazo —susurró un momento antes de que mis labios se aplastaran contra los suyos.

Ya no habló más, pero Lucy Steiner tenía instintos salvajes.

CAPÍTULO VII

Eran las ocho y media de la noche cuando se separó de mí para correr hacia el cuarto de baño. Desde la puerta del mismo se volvió para mirarme.

—Espérame, Barry. Cinco minutos nada más.

Fue una hora. Pero mereció la pena haber esperado tanto para verla ahora.

Era una modelo. Una elegante modelo. Sabía vestir. Con eso estaba dicho todo.

Vino a mí lado, puse mis manos sobre sus desnudos y marfileños hombros y nos besamos. Luego, mientras su seno alentaba bajo la seda del vestido de noche, pregunté:

—¿Quieres que te lleve yo?

—¿No tenías una cita para las diez, Barry?

—Si. En casa de Linda Farrell. Me ha invitado a pasar el fin de semana con ella y su Consejo de Administración.

Lucy abrió mucho los ojos, y después estalló en una franca carcajada. Como la mirara lleno de estupor, aún más, hasta que, dominándose, pudo articular:

—Pues vámonos, Barry. Yo también he sido invitada a ir —me miró con gesto acusador y dijo—: Pero te arañaré si veo que la besas, Barry.

Pude decirle que ya lo había hecho, pero no quise. No me gustaba estropearlo ahora que todo iba como una seda entre la preciosa y explosiva modelo y un servidor.

Por lo que, sin replicar, tomándola del brazo, tiré de ella y salimos de su apartamento.

Una vez en la calle, fuimos a dónde había estacionado mi “Ford”, y nos acomodamos dentro.

A las diez en punto, estábamos frente a la residencia de Linda Farrell, en plena Quinta Avenida.

Subimos en el ascensor, momento que aproveché para besarla.

Una joven y bonita doncella nos abrió la puerta y se encaró conmigo.

—¿Míster St. Durgan? —preguntó.

Dije que sí. Entonces se volvió para mirar a Lucy.

—Miss Steiner, ¿verdad?

—Si.

—Pasen por aquí. Miss Farrell les está esperando.

Fuimos detrás de ella, mientras observaba el lujo elegante y discreto que me rodeaba por todas partes.

Después, apenas si me fijé en los tres hombres que había allí, dentro del no menos elegante *living*, porque, a pesar de llevar a mí lado a una mujer hermosa, mis ojos no veían nada más que a una persona: a Linda Farrell.

Linda, que vino hacia mí apenas verme, con la sonrisa en los labios y las dos manos extendidas.

Mientras la miraba, enfundada en su vestido de noche, blanco, dejando desnuda su espalda y sus redondos hombros, pensé, sin poderlo evitar, en Marga.

Marga, que se había enfadado sin querer comprender los motivos que me llevaban a pasar aquel fin de semana con una mujer a la que apenas conocía.

Con una mujer que podía ser muy bien una asesina.

Me tendió las manos, que estreché entre las mías ante la mirada un tanto curiosa y brillante de Lucy.

—Hola, Barry. Sea bienvenido a esta su casa —se volvió a mirar a Lucy y le dedicó una luminosa sonrisa—. Y tú también, Lucy. Lo pasarás bien, querida.

Lucy, si bien sonrió, no pronunció palabra alguna. Pero no tuve tiempo de mirar su cara, ya que Linda estaba tirando de mí, hacia aquellos tres, uno de los cuales era Murphy, y que se pusieron en pie al verme llegar con ella.

—Nos presentó.

—Míster St. Durgan —dijo, para añadir acto seguido—: Este es Red Cassidy, uno de mis consejeros. El otro es Allan Jenkins. Y finalmente a Murphy, al que ya conoce, Barry.

Estreché las tres manos, por turno, con evidente repugnancia, aunque me guardé bien de manifestarlo.

Lo hice porque estaba seguro de que acababa de estrechar la mano de un asesino.

Después de las frases de rigor en la presentación, Linda intervino de nuevo, diciendo:

—¿Nos vamos, Barry?

—Por mí cuando quiera, Linda.

—Pues ahora mismo. Yo iré con usted en su coche. Lucy puede ir en el mío acompañada de estos tres —se volvió hacia ella y dijo, bromeando—: Ten cuidado con los tres, Lucy, pues son bastante malas personas.

Lucy sonrió, pero su sonrisa olía a forzada a mil millas de distancia.

—No te preocupes por mí, querida, que sé cuidarme. Ahora bien, de quien no debes fiarte es de Barry. Es un zorro viejo en cuestión, de faldas.

Soltó una tenue risita y se alejó.

Salimos.

Linda se colgó de mi brazo y no nos detuvimos hasta que los demás se adelantaron a nosotros.

Ninguno se colgó de mi brazo y no nos detuvimos hasta que los demás se adelantaron a nosotros.

Ninguno volvió la cabeza. Lucy tampoco.

Ya en el ascensor, disimuladamente, me dediqué a estudiar a los dos miembros del Consejo de Administración.

Red Cassidy era alto y moreno. De ojos grises extrañamente fríos. Fuerte, con tipo de atleta, de unos veintisiete años.

Allan Jenkins podía tener la misma edad que Murphy, aunque sus sienes empezaban a blanquear. Su rostro era duro y sus ojos negros, como los de Marga, eran tanto o más fríos que los de Cassidy.

Una vez en la calle, Murphy, Lucy, Cassidy y Jenkins avanzaron directamente hacia un largo y potente “Mercedes” del año actual, ocho plazas, y subieron a él.

Linda y yo permanecimos en la acera hasta que arrancaron, yo pensando en cuál de los tres podría ser el asesino, y ella con los ojos entrecerrados fijos en las luces piloto del coche, que cada vez estaban más lejos.

Y fue entonces, y cuando ambos nos volvíamos hacia el mío, el momento que escogió para preguntar:

—¿Algo nuevo, pesquisa?

—Tengo un par de ideas que quizá puedan llevarme a algún sitio concreto —repliqué con un gesto vago.

—¿Puedo saberlo?

No repliqué hasta que no estuvimos dentro del “Ford”.

—Creo —dije—, que cuanto menos sepa de este asunto, será mejor.

—¿Por qué?

—Creí habérselo dicho ya, ¿no?

—No tengo miedo, si es eso lo que quiere decir, Barry —replicó.

—Lo sé.

Embragué y empezamos a rodar. Después añadí:

—Usted guía, Linda.

Continuamos en silencio hasta llegar a la carretera.

Frente a nosotros, las luces piloto del “Mercedes” que llevaba a Lucy y a los tres miembros del Consejo de Administración de la “American and Company”.

Volví a tomar la palabra para preguntar, cuando ya nos habíamos alejado unas cuantas millas de Nueva York.

—¿A quién le estaba haciendo chantaje Flanagan?

Linda se sobresaltó violentamente, y al punto noté en mi brazo su nerviosa mano.

—¡Barry!

Sin replicar, seguí conduciendo hasta que ella dijo de pronto:

—A media milla de aquí, a la derecha, hay un camino que conduce hacia los acantilados de la playa. Lléveme allí, Barry.

¿Una nueva aventura? ¿Y con una mujer como aquella?

No me desagradaba la idea, aunque, sin saber por qué, intuí que no se trataba de eso solo. Había algo más. ¿El qué?

Opté por obedecer en silencio, de forma que en menos de cinco minutos nos encontrábamos en el acantilado, a la luz de la luna, mientras el coche quedaba semioculta bajo los árboles que había a nuestra espalda, bordeando el ancho camino de grava.

Frente a los dos, el mar. En torno, el silencio, ni siquiera roto por el susurro de la más leve brisa.

Linda, de una forma inconsciente, se apretó contra mí. La oí suspirar y después habló:

—Barry —dijo—, ¿por qué me hizo esa pregunta en la carretera?

Me sentí decepcionado, lo confieso a pesar de que yo ya intuía algo de aquello.

Me volví hasta encararla.

—Porque creo que esa es la verdad. Flanagan estaba chantajeando a alguien de su Consejo de Administración, Linda. Y ese alguien le mató por lo mismo.

Callamos durante cierto tiempo hasta que Linda preguntó:

—Pero, ¿por qué, Barry?

—Tengo otra idea, muchacha —repliqué—. Si es cierta...

Me interrumpí para mirarla fijamente.

¡Diablos, qué hermosa era! Y estaba muy cerca de mí. Demasiado.

Decidí no pensar más en ello y solté la siguiente pregunta, en tono brusco:

—¿Importáis motores de aviación, Linda?

—¿Motores? ¡No, Barry! ¿Quién le ha metido esa idea bajo el sombrero? —y añadió, antes de que yo pudiera replicar—: Importar, sí, pero maquinaria agrícola y textil. Entre las naciones para las cuales importamos está la Alemania Occidental.

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo hacéis el próximo envío, Linda? —pregunté después de unos segundos de silencio.

Me miró suspicaz.

—¿Puedo saber lo que se le está cociendo en la mollera, Barry? —preguntó a su vez.

—Se lo diré luego. ¿Cuándo?

—El lunes próximo, Barry. Pero, ¿puedo saber de una vez lo que ocurre, Barry? ¿Qué es lo que sospecha?

No contesté a su pregunta, pero hice otra:

—¿Por avión?

—No. Por barco. Tarda más en llegar, pero el importe del transporte es infinitamente más barato.

—Desde el muelle de Nueva York, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Después, nena —hice una pausa y pregunté—: ¿Podría ir al muelle?

—¡Barry! ¿Qué quiere? ¿Investigar el cargamento? ¿Por qué?

Ni yo mismo lo sabía con seguridad, aunque sospechaba de muchas cosas. ¿Cómo decirle lo que creía que era la verdad?

CAPÍTULO VIII

Repliqué ahora:

—El porqué no se lo puedo decir ahora, muchacha. Pero me gustaría hacerlo.

Linda quedó pensativa unos segundos y luego respondió:

—Iré con usted, Barry.

—¿Por qué ha de venir conmigo, Linda? —repliqué—. Puede haber peligro.

Se acercó mucho más. Hasta rozarme. Musitó, con los ojos brillantes:

—Lo correremos juntos, Barry. Pero, por favor, ¿no quiere decirme lo que sospecha?

La miré intensamente y de forma repentina ella retrocedió.

—Vámonos, Barry —dijo secamente.

—¿A qué viene ese tono? —pregunté.

—No sé lo que se lleva entre manos, pero estoy segura de que sospecha de mí, Barry —replicó en el mismo tono—. ¿Qué ocurre en mi empresa con la maquinaria, querido?

Intenté una sonrisa a todas luces forzada.

—Aún no lo sé, Linda —respondió—. Por otra parte, nadie ha dicho que sospeche de usted.

—No, no lo ha dicho, pero sé que es así. Lo que es una locura, Barry. ¿Nos vamos?

No la tomé del brazo, cuando los dos, el uno junto al otro, nos encaminamos hacia el “Ford”.

Abrí la portezuela. Linda sentóse ante el volante, mirándome, con la amplia falda del corto vestido de seminoche por encima de las rodillas.

—Es un buen coche, Barry —dijo—. Supongo que no le molestará que conduzca yo hasta mi cabaña, ¿verdad?

No. Desde luego no me importaba ni mucho menos, siempre que la falda continuara en aquel mismo lugar.

Conduciendo ella, podía mirarla todo cuanto quisiera, y Linda tenía sobre sí muchas cosas que admirar.

—Puedo hacerlo, Linda —repliqué—. Pero no vaya aprisa, ¿comprende? No me gusta perder pronto una buena compañía.

—¡Barry...!

Había ironía en su voz, que pasé por alto, mientras me miraba

atentamente, para luego, y de una forma repentina, inclinarse sobre mí.

—Aunque sospecha de mí, Barry, creo que está diciendo la verdad —dijo—. Deme un beso, Barry, ¿quiere?

—¿Solo un beso, Linda?

Me miró atentamente durante unos segundos y después susurró:

—Eso no es cuestión mía, querido.

Me ofreció los labios.

—¿Quiere, Barry? —musitó muy quedo.

Quise.

Y no uno.

Cuando se apartó de mis brazos había transcurrido más de media hora. Alisándose el enmarañado cabello inquirió:

—¿Nos vamos, Barry? —y acto seguido, sin que viniera a cuento, preguntó—: ¿Sabes que soy muy rica, querido?

Diez minutos más tarde y, sin que yo respondiera a su pregunta, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra más, nos encontrábamos en la carretera, camino de su cabaña, como ella decía.

Mientras silenciosamente conducía, admiré su perfil, en silencio también, y pensé en Lucy, en Marga.

Tres mujeres a cual más bella y hermosa.

Tres mujeres...

Me sorprendí cuando mi mente me formuló una repentina pregunta: “¿Cuál de las tres, Barry?”

La inopinada frase de Linda cortó el hilo de mis pensamientos.

—Creo que voy a arañar a esa gata, Barry.

La miré en silencio durante más de tres largos minutos. Después respondí:

—No la entiendo, Linda. Esa es la verdad.

—No, ¿eh? Pues es sencillo, Barry —dijo tuteándome por primera vez—. Me refiero a esa gata de Lucy. Si te veo besarla, creo que la arañaré.

Intenté reír, pero no pude. Y lo intenté porque, poco más o menos, eran las mismas palabras que Lucy pronunciara con respecto a Linda.

Me guardé muy bien de decírselo, y la tuteé como ella había hecho conmigo.

—Vamos a ver, Linda, ¿qué te hace suponer que yo deseo besar a Lucy? Lo que me lleva contigo a tu cabaña es otra cosa bien distinta. Uno o varios asesinatos. Y contratado por ti.

—Yo me entiendo sola, si tú no quieres entenderme, Barry. Pero ten en cuenta una cosa, querido. No voy a dejar que ninguna lagarta te separe de mí. ¿Comprendes?

—¿Tan segura estás de que estoy enamorado?

Me miró durante un quinto de segundo y acto seguido volvió a prestar atención a la carretera.

—¿De mí, Barry? —preguntó llena de ironía—. ¡Por supuesto que no! Pero tampoco lo estás de Lucy. Ambas deseamos lo mismo, y lo he de conseguir yo.

Callé asombrado y sin desear discutir. Miré al frente, hacia los arabescos que trazaban los faros del coche en la oscuridad de la noche. Hacia los confines de la recta y amplia autopista.

Hacia las casas de campo que se veían de vez en cuando, pasando junto a nosotros a velocidad de vértigo, hacia atrás.

Repentinamente ella señaló hacia la izquierda, poniendo su moreno y bien torneado brazo frente a mis ojos.

—Allí es, Barry —dijo.

Seguí la indicación y miré.

Una cabaña.

Una verdadera cabaña. Pero una cabaña, en la cual me gustaría vivir de por vida.

Era eso, una hermosa y bonita quinta de recreo, con piscina y todo. Rodeada de amplio jardín, lleno de flores, plantas trepadoras e infinidad de árboles.

En fin, una hermosa cabaña, estilo colonial, de dos plantas.

Desde la carretera, y a medida que nos íbamos acercando a ella calculé que por lo menos tenía veinte habitaciones. Después supe que me había quedado corto.

Siempre conduciendo mi baqueteado “Ford”, Linda dobló el volante hacia la izquierda y se adentró por un ancho y asfaltado camino, que iba a morir junto a la puerta principal de la quinta, después de pasar rozando la enorme piscina.

Frente al radiador, iluminado por los focos del “Ford”, vi el “Mercedes” de ella, aparcado junto a la escalinata del porche.

Este, lo mismo que la entrada, era de mármol de color. Total, todo aquello, sin contar para nada lo que pudiera haber en el interior, valía una millonada, en dólares.

Linda, en el más completo mutismo, maniobró hábilmente hasta aparcar detrás del “Mercedes”. Salté a tierra y mantuve la portezuela abierta, tendiéndole una mano para ayudarla a descender.

Después, el uno junto al otro, avanzamos hacia el bien iluminado porche de la entrada.

Fue cuando pisábamos el primer escalón de mármol cuando Linda actuó de una forma tan fantástica que hasta mucho después, habiendo reaccionado ya, no comprendí el porqué lo había hecho.

Primero dijo:

—¡Cuidado, Barry!

Luego actuó.

Se lanzó sobre mí como una catapulta, y ambos caímos al suelo en confuso montón, ella encima, con la falda por la cintura y las hermosas piernas apuntando a las estrellas.

Rodamos por el suelo, pero de una forma u otra, Linda siempre quedó encima, mientras que por encima de nosotros estallaban los disparos de una pesada automática desprovista de silenciador.

Después se hizo el silencio, y ambos, en el suelo, sin separarnos nos miramos. Vi cómo aquellos rojos labios, cerca de los míos, estaban entreabiertos, mientras los ojos bellos, grandes y rasgados, se mostraban un tanto esquivos.

Entonces la besé.

Fue un beso largo, que me hizo olvidar durante el tiempo que duró, que ella me había salvado la vida anteponiendo su hermoso cuerpo entre las balas de un asesino, y el mío.

Luego la aparté casi de un manotazo, y, tarde ya, me incorporé llevando mi automática en la mano.

Corrí hacia el porche, pero me detuve apenas inicié la carrera, porque en el centro del mismo, con una sarcástica sonrisa, estaba Lucy.

—¡Vaya, querido! —dijo con los ojos clavados en la hermosa figura de Linda que ya se había situado a mí lado después de incorporarse—. ¡Una bonita escena a la luz de la luna!

No repliqué.

Simplemente me volví para mirar a Linda. Ella no nos miraba a ninguno de los dos. Ni siquiera parecía haber sido las palabras de Lucy. Se hallaba vuelta de espaldas, con los ojos clavados en mi “Ford”.

Comprendí lo que estaba mirando y desanduve lo andado hasta llegar a él.

Por encima de la ventanilla, tenía dos agujeros, hechos indudablemente por dos de aquellas balas que nos habían disparado.

Los toqué con la yema del dedo meñique y entonces me volví. Linda estaba a mí lado. Pregunté con voz ronca por la cólera:

—¿Viste quién disparó contra nosotros, dulzura?

Frunció el ceño.

—No, Barry. Simplemente vi una mano armada, allí —replicó señalando una de las ventanas del piso superior.

Pregunté de nuevo:

—¿Es una de las habitaciones, Linda?

—No. Esa ventana da al pasillo del piso alto, Barry. Cualquiera pudo hacerlo.

Intervino Lucy, con el mismo sarcasmo de siempre:

—Pudo hacer, ¿el qué?

Me volví para mirarla, y entonces pude darme cuenta de que Murphy, Cassidy y Jenkins, estaban en la puerta, los tres muy juntos, mirándonos.

Repliqué entonces a Lucy:

—Linda acaba de salvarme la vida, encante —señalé los dos agujeros hechos en la carrocería del “Ford” por encima de la ventanilla y añadí—: Cualquiera de los cuatro pudo hacerlo, Lucy. Incluso tú misma.

—¡Barry!

—¡Cuernos!

Me adelanté llevándolas detrás a las dos, y acto seguido me enfrenté con los tres.

Pero antes de que pudiera decir nada al respecto, Jenkins habló fríamente:

—¿Qué ha dicho usted, pesquisa?

—Vuelva a hablar con ese tono, y le romperé el alma, Jenkins.

Se adelantó un paso, pero entonces intervino Linda interponiéndose entre los dos.

—¡Basta, Jenkins! —exclamó con los ojos brillantes—. Tanto tú como míster St. Durgan sois invitados míos, aunque él también está aquí porque yo le contraté. Y ha dicho la verdad mal que te pese a ti o a los otros, ¿entiendes? Alguien, y conste que tú también has podido hacerlo, han intentado matarle cuando descendíamos de su coche. Todos sabéis que míster St. Durgan es un detective privado. Por tanto, como dueña de la casa, voy a rogarte, a rogaros a todos, que si él tiene a bien haceros alguna pregunta, la contestéis.

—No contestaré a ninguna que me haga, Linda. Por lo menos, esa es mi respuesta. He venido aquí a pasar el fin de semana, y no a ser molestado por un privado más o menos.

Linda encaró a Murphy, que así se expresaba. Replicó sin darme tiempo a intervenir:

—Al parecer olvidas una cosa, Murphy; que tú eres jefe de personal y uno de los del Consejo de Administración por causa mía, y que, la dueña de la mayoría de las acciones de “American and Company” soy yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que puedo molestarte mucho si te pones en ese terreno. Puedo hacerte desaparecer de la empresa, si me lo propongo. No te olvides de ello, mientras no se descubra el asesino de nuestro perito industrial, y el de Alma. Y eso también ya por vosotros —terminó mirando a Cassidy y a Jenkins, para después encararse conmigo—. Vamos

adentro, Barry. Te enseñaré la casa, y tu habitación. Después, Lucy y yo os haremos los honores de la casa.

Miré a Jenkins. Luego a los demás, incluyendo a Lucy.

—Me gustaría saber dónde estaba cada uno de ustedes cuando sonaron los disparos —dije.

Y sin esperar respuesta alguna, tomé del brazo a Linda, y mientras los labios rojos y sensuales de Lucy se crispaban en una mueca, tiré de ella y entramos.

CAPÍTULO IX

Eran dos buenas cocineras.

Lo demostraron. Pero aun así, ninguno de los seis hizo mención de ello, ni por cortesía.

Ambas, también, hicieron hasta lo imposible por hacernos a los demás la cena agradable, pero no lo consiguieron.

Esta transcurrió en el más completo silencio hasta el momento en que terminada esta pasamos al espacioso y lujoso "living" para tomar el café.

Fue entonces, teniendo frente a mí a Linda, y sentada a mí lado, en el sofá, a Lucy, cuando empecé a hablar, procurando hacerlo en el tono más frío y decidido posible.

—No voy a hacer preguntas —empecé mirándoles a todos—. Es decir, solo voy a hacer una, aunque antes daré una ligera explicación. Alguien, uno de los que estaban dentro de la finca, ha intentado eliminarme, del mismo modo que, con anterioridad, eliminó a Alma Perkins en medio de la Quinta Avenida. Por consiguiente, aunque no espero que ninguno me responda con la verdad, voy a hacerlo. La pregunta es: ¿quién de ustedes tiene una automática de gran calibre? Espero, que si no contesta el dueño, los demás, para evitar males mayores, lo hagan.

Me miraron en silencio durante más de un largo minuto, y al fin Cassidy replicó:

—Que yo sepa, Jenkins tiene una. Una automática "Colt" calibre 45. Yo mismo tengo otra, y *miss* Farrell, que se encontraba con usted, tiene otra.

Miró a Murphy, pero este se adelantó a cualquier pregunta, replicando a ella, a pesar de lo que había dicho horas antes.

—Tengo un "Colt", pes... míster St. Durgan. Es calibre 45, y puede examinarlo si lo desea. Comprobará que no ha sido disparado en mucho tiempo.

Miré a los demás.

—Lucy —dije—, ¿y tú?

Sonrió.

—Tengo un arma —dijo—. Pero es una "Star" calibre siete setenta y cinco. Los cañones son propios para la gente de artillería, no para las mujeres. ¿Quieres verla, querido?

Dije que no y enfrenté al trío de hombres, ante el silencio de tumba

de Linda, cuyos ojos no estaban tan silenciosos, posiblemente por el apelativo tan cariñoso que Lucy me endosó.

—Me gustaría ver esas armas, si no hay inconveniente.

Acto seguido les examiné. Sonrisas de suficiencia, burlonas, que sé yo.

Esto fue lo que vi en los rostros de Cassidy, Murphy y Jenkins.

Fue Murphy el que primero se puso en pie, seguramente porque era el único que nada tenía que temer de mí, o posiblemente, y esto lo más seguro, porque quería congraciarse con Linda.

—Cuando quiera puede examinar la mía, míster St. Durgan —dijo.

Cassidy y Jenkins le imitaron al instante, diciendo las mismas o parecidas palabras.

Les imité también, y ya en pie, encaré a Lucy.

—Encanto —dije—, tu automática puede ser una "Star" calibre siete setenta y cinco, pero deseo verla. La examinaré después.

Me lanzó una mirada venenosa mientras Linda sonreía, mirada y sonrisa que simulé no ver, y salí detrás de los tres miembros del Consejo de Administración de la "American and Company".

Subimos al piso superior y allí examiné las armas.

La primera fue la de Jenkins. Lo hice ante la mirada burlona de este, mirada que desde un principio me crispó los nervios, y ante la expectante y alerta de Murphy y Cassidy.

Jenkins llevaba razón. Su automática no había sido disparada en mucho tiempo. Y lo mismo que con él, ocurrió con Cassidy y Murphy.

Ninguna de las tres "Colt" había sido disparada, por lo menos, recientemente.

Salimos al pasillo los tres, mientras Murphy, que había sido el último, quedaba recostado contra el marco de la puerta de su habitación, mirándonos.

Y fue Jenkins el que exclamó después de lanzar una corta y seca carcajada.

—Tendrá que tener cuidado esta noche, míster St. Durgan.

Aunque sabía lo que quería decir, le miré preguntando de inmediato.

—¿Quiere decirme por qué, míster Jenkins?

Volvió a reír y me dieron ganas de golpearle.

—¡Claro que sí! —replicó con absoluta tranquilidad—. A uno de nosotros tres no nos gusta su presencia en la casa, y procurará matarle tan pronto pueda. Es usted el único que se interpone entre él y lo que se lleva entre manos. Ya lo ha intentado una vez, mientras usted descendía de su coche. ¿Quién nos dice que no espera conseguirlo, o al menos intentarlo de nuevo, y esta misma noche?

Les miré a les tres, fui a decir algo y se adelantó Murphy.

—En vista de las palabras de mi colega y amigo Jenkins, lo único que le puedo decir a usted, míster St. Durgan, es que se traiga el colchón y las sábanas a mí dormitorio, y duerma conmigo. De este modo, sabrá usted que yo no soy el asesino, además de que este no se atreverá a entrar aquí, estando los dos.

Le miré atentamente. Después inicié una sonrisa y repliqué:

—Se lo agradezco mucho, míster Murphy, pero ni puedo ni debo aceptar —miré a Jenkins y al silencioso Cassidy y añadí—: Para esta noche, tengo otros proyectos. Por lo pronto, y en vista de lo tarde que es, irme a dormir. Buenas noches.

Giré en redondo, y sin pensar en que Lucy y Linda podían estar esperándome aún en el “living”, me encaminé a la habitación que la segunda me había destinado.

Entré por el sencillo procedimiento de empujar la puerta ya que la había dejado entornada y alargué la mano hacia el interruptor de la luz. Apenas lo hice oí la voz de la mujer:

—Cierra la puerta antes de encender la luz, querido.

Lo hice, encendí la luz, y después avancé hacia Lucy, que, sentada en una butaquita, cabalgando sobre la otra una de sus magníficas piernas, me miraba con una provocativa sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí, Lucy? —pregunté lo más fríamente que pude.

Por toda respuesta se levantó y vino hacia mí. Antes de que pudiera saber lo que iba a hacer, me enroscó los brazos al cuello, y no tuve más remedio que corresponder a su ardiente caricia.

Pero la aparté de mis brazos lo más pronto que pude. Después, mirándola, pregunté de nuevo:

—¿A qué has venido?

—A darte un beso, Barry —replicó con toda desfachatez—. A eso, y a enseñarte mi pistola.

Entonces vi el bolso, caído sobre la cama, y me acerqué para tomarlo mientras ella, siempre con la misma sonrisa en los labios, iba a sentarse en la butaquita.

Tomé el bolso y lo abrí. De él extraje la automática. Tal y como dijo Lucy, era una “Star” calibre siete setenta y cinco.

Extraje el cargador. Estaba completo. Olí el cañón a sabiendas que por lo menos con aquella automática, no se habían hecho los agujeres que mi coche mostraba en la carrocería.

Después la guardé dentro del bolso y lo tiré sobre la cama. Me volví a mirarla viendo en sus ojos una semiburlona mirada.

—¿Satisfecho, querido? —preguntó.

—Aún no, muñeca —repliqué—. Ni muchos menos.

Frunció el ceño.

—¿Por qué, Barry?

—Podría darte un sinfín de razones, pero no quiero, dulzura. Podría darte tantas como puedo darles a Murphy, Jenkins y Cassidy, pero, como he dicho, no quiero hacerlo. Los tres tienen armas del mismo calibre y marca, pero con ninguna de ellas se ha disparado recientemente. Tampoco estoy conforme.

—¿Por qué? —preguntó con sus magníficos ojos fijos en los míos.

—Prefiero no hacer cábalas por el momento, Lucy. Y hablando de todo, ¿por qué en vez de preguntar no contestas a las posibles preguntas que yo pueda hacerte, tesoro?

Me miró sonriendo.

—No debía de hacerlo, Barry.

—¿Por qué?

Ella siguió sin hacer caso de mi pregunta.

—Debía de arañarte —añadió a lo anteriormente dicho—. Te dije que no quería que esa lagarta de Linda...

—Además de la maquinaria textil y agrícola —dije interrumpiéndola—, ¿sabes si exportaban o importaban algo más?

Frunció el ceño mirándome fijamente. Después replicó, y con su réplica formó un caos en mi mente. Un nuevo caos, por si fuera poco con el que ya reinaba en ella:

—Hierros. Cajones llenos de hierro viejo e inservible.

Durante unos segundos permanecí mirándola fijamente, incapaz de controlar mis ideas, y mucho menos de responder. Cuando lo hice, habían transcurrido unos cuantos minutos.

—¿Hierros...? ¿A dónde? ¿Para qué?

Ella, mirándome fijamente, se puso en pie y vino a mí lado. Una vez que se detuvo frente a mí puso sus manos en mis solapas, levantó su linda cabeza y susurró:

—Sé que van a Alemania Occidental, querido.

—¿Te lo dijo tu hermano?

—No, Barry. Fue ese perito. ¿Qué crees que contenían esos cajones, querido?

Durante unos segundos pensé que Lucy era una chica muy inteligente. Tal vez demasiado. Pero tenía que contestar a su pregunta. Su altivo seno, que se movía en forma desacompasada bajo la tela del vestido, su anhelante respiración, el brillo de sus ojos y el temblor de sus labios, me lo decían.

—Supongo que hierros, Lucy —dije.

—¿Solo hierros, Barry? ¿Me crees tonta?

—Entonces —repliqué, pasando por alto su segunda pregunta—, si

no eran hierros, ¿qué podía ser?

—Eso no lo sé, Barry. No lo sé, con la misma certeza que estoy convencida que tú sospechas de algo inusitado sobre esos envíos, ¿no?

Preferí no contestar tampoco a aquella pregunta y repliqué con otra:

—¿Te dijo Flanagan el nombre del consignatario alemán?

—No, querido. Tampoco pregunté, ya que nada de esto había ocurrido. ¿Cómo podía entrar en sospechas si mi hermano continuaba trabajando en la empresa, y Flanagan también?

No repliqué.

Pensaba.

En el caos que había en mi mente. En el caos que al parecer se iba despejando poco a poco, aunque no como yo quería ni mucho menos.

¿Un viaje a la Alemania Occidental?

Podía ser, aunque no era yo el que debía decirlo, sino Linda Farrell. Era ella la que pagaba, y, por tanto, la que debía decir sí o no, aunque tal vez no fuera necesario. Eso lo aconsejarían las circunstancias. Mi visita del lunes a los muelles de carga de Nueva York, podía ser o no definitiva para el caso que me ocupaba, si antes una bala no acababa conmigo, ya que, pensándolo bien, en aquella quinta de recreo, la Muerte, con mayúsculas, era la única señora.

Lucy habló en aquel entonces, y su pregunta me puso en un brete.

—¿En qué estás pensando, Barry?

Por no contestar: "en ti", repliqué con otra mentira:

—En Marga, mi secretaria.

Frunció el ceño, pero logré lo que quería, desviar su atención hacia otro punto bien distinto, ya que dijo:

—Otra que tal, Barry. ¿Por qué piensas en ella?

Me encogí de hombros mientras pensaba en otras cosas. Mientras pensaba en el posible significado de unos hierros, que para nada servían, envasados en un cajón de madera, con el nombre en la etiqueta, rezando: "MAQUINARIA TEXTIL Y AGRICOLA".

¿Motores de aviación, u otra cosa cualquiera que significara una violación de la Ley y por la cual Flanagan había estado haciendo chantaje a alguien del Consejo de Administración de la "American and Company"?

Después de estos pensamientos repliqué, también con otra mentira tan grande como la torre inclinada de Pisa.

—Marga tenía que telefonearme sobre cierto asunto interesante y aún no lo ha hecho, ricura.

Se acercó más.

Se acercó hasta rozarme, y su pregunta me sobresaltó. Como a cualquiera, ¡caramba!

—¿Sobre algún pasaje para la Alemania Occidental, querido?

Repliqué aprisa. Demasiado aprisa para mí gusto:

—Tienes ideas raras, tesoro. ¿Quién te las ha metido en la cabeza? ¿Algún miembro del Consejo de Administración de la firma, cariño?

—¿Cómo puedo saberlo, Barry?

Me encogí de hombros.

—Confieso que no lo *sé.* Lucy —la miré atentamente y añadí—: Tal vez hablando con alguien que sabe mucho. Tal vez porque tú también sabes demasiado, y no quieres hablar. ¿Cuál de las dos versiones es la verdadera, Lucy?

Me miró sin parpadear durante unos segundos y después susurró mientras sus brazos iban a mí cuello:

—La que tú quieras, amor...

Luego fue un estampido.

La tiré rápidamente al suelo mientras mi mano iba a la funda de la axila. Pero ya no hacía falta. Lucy caía hacia atrás, mientras yo disparaba un par de veces contra la puerta. Después, y casi en el acto, oí unas rápidas pisadas que corrían pasillo adelante. Luego se hizo el silencio.

Sin abandonar la “Magnum”, que sostenía en la mano, pero sin salir tampoco en pos del asesino, me incliné sobre el cuerpo de Lucy. En aquel momento oí la voz fría de Linda que preguntaba desde la puerta, envuelta con un transparente salto de cama bajo el cual no había nada más que ella misma.

—¿Qué ha ocurrido, Barry?

Al día siguiente me deparó una nueva sorpresa, y con ella dos complicaciones. Marga y el teniente Pete Chandos se presentaron de manera inopinada, y cuando, desde hacía horas, Lucy reposaba en mi propio lecho, ante el consiguiente malestar de todos.

Pero, como es lógico, esto es capítulo aparte, aunque eran ya demasiadas mujeres.

CAPÍTULO X

La miré en silencio durante unos segundos y después dije:

—Alguien disparó contra mí y le dieron a ella, Linda. Ayúdame, ¿quieres?

Sin replicar vino a mí lado y entre los dos levantamos el caído cuerpo de Lucy para, acto seguido, llevarle hasta mi cama. Luego de tenderla con todo cuidado la examiné.

Un balazo en la parte alta del hombro, más aparatoso que grave. Calculé que al día siguiente, si no se complicaba la cosa, ya estaría en pie, aunque llevando el brazo en cabestrillo, y me volví encarando a Linda:

—Calienta un poco de agua, trae algodón y vendas, si tienes, y procuraré curarla.

Dijo que sí y giró en redondo hacia la puerta, para detenerse en seco, casi en el acto.

Miré también.

Murphy, Cassidy y Jenkins estaban allí, mirándonos en el más completo silencio, que finalmente rompió el segundo.

—¿Qué ha pasado aquí, Linda? —preguntó exactamente como si no viera el cuerpo de Lucy tendido sobre la cama—. Hemos oído un disparo.

No esperé a que ella contestara.

—Ese agua y esas vendas, Linda —dije secamente.

Me miró unos instantes y después fue a la puerta. El trío le abrió paso y después me encararon.

Tampoco ahora esperé una nueva pregunta. Repliqué, mirando a Cassidy:

—Uno de ustedes disparó contra mí, fallando por un poco. Lo siento por Lucy, que ha sido la que ha tenido peor suerte de los dos.

—Escuche, pesqui...

—¡Cierre el pico, Jenkins! —advertí fríamente—. Yo, puede que no tenga atribuciones para someterles a los tres a un interrogatorio oficial, pero lo hará la policía. Voy a llamarla tan pronto como amanezca. Y voy a contarle cuáles son mis sospechas sobre los asesinatos de Flanagan, Davison, y posiblemente el asesinato del hermano de Lucy, sin contar, claro está, el de Alma Perkins. Puede que alguno de ustedes tres se lleve una sorpresa. Por tanto, el asesino, ya que me está escuchando, tiene tiempo de eliminarme, hasta mañana antes de que el

teniente Chandos se presente en la finca.

Linda, trayendo lo que la había pedido, impidió con su entrada cualquier respuesta que pudieran darme.

Acto seguido procedí a curar a Lucy, y después me volví hacia Cassidy Jenkins y Murphy.

—Voy a quedarme con ella toda la noche —dije—; por tanto, les ruego que me dejen solo.

Los tres se miraron entre sí, recelando los unos de los otros, y al cabo de unos segundos de indecisión se volvieron hacia la puerta. En aquel momento Linda dijo:

—Me quedo contigo, Barry.

La miré mientras los otros salían definitivamente.

—¿Por qué?

—Porque lo mismo que ella —respondió sin el menor rubor y señalando a Lucy—, también yo te quiero. Sorprendido, ¿verdad? Pues es así.

Avanzó hasta una de las butaquitas y se sentó. Hice lo propio sin replicar, pensando en las malas jugadas que con uno tiene el destino. Tres mujeres, cada una de las cuales valía lo suyo. Tres bombones de mujer para un hombre solo.

Lo que dije antes: ¡demasiadas mujeres!

Nada hablamos durante el resto de la noche, ni nada ocurrió tampoco digno de mención. Por lo visto, mi desconocido amigo el asesino había pensado que tres, seguidos, aún para él, eran demasiados cadáveres.

Posiblemente el pensaría en eso, pero yo lo estaba haciendo en la Alemania Occidental, y en lo cerca que estaba de la Alemania comunista.

En barcos cargados de hierro inservible, y en maquinaria textil y agrícola.

Pensando también en la mujer que, frente a mí, con sus hermosas piernas extendidas a lo largo, y su “négligée” de transparente nylon, permanecía mirándome en el más completo silencio”.

¿Qué sabría más y qué no dijo?

Era difícil de averiguar. Incluso la policía, dado el caso de que la tuviera que interrogar de una forma oficial, cosa que ocurriría posiblemente a no tardar, tendría con ella unos miramientos extraordinarios, ya que Linda era una verdadera potencia en la industria de los Estados Unidos.

En fin, que aquellos miramientos no conducirían a nada práctico, ya que, amparándose en ellos, Linda contestaría a las preguntas de Chandos lo que quisiera, y este, por temor a sus dólares, tendría que

conformarse.

Finalmente, y de una forma repentina, me di cuenta que las primeras claridades del nuevo día empezaban a entrar por los cristales de la ventana.

Me puse en pie y fui a asomarme por ella ahogando de paso un fenomenal bostezo. Fue entonces, al hacerlo, cuando vi aquel coche avanzando rápida y silenciosamente por el asfaltado camino que, naciendo en la carretera, iba a morir al pie de la quinta.

Tardé tres segundos en reconocerle y uno más en volverme para encarar a Linda.

—Ahí les tenemos, Linda —dije—. Por tanto, ya no hace falta telefonear.

Se puso en pie de un salto y dijo:

—¿Quién? ¿La policía?

—Exactamente. La policía. El teniente Pete Chandos, entre otros, dulzura.

Se volvió en redondo, sin mirar por la ventana, fue a la cama, se inclinó sobre el cuerpo de Lucy, y salió de la habitación.

Me acerqué a mí vez a Lucy. Estaba dormida. Del desmayo había pasado, sin darse cuenta, al más profundo sueño.

Abandoné la habitación, crucé el pasillo y descendí por la escalera hasta el amplio y lujoso *hall* de la entrada.

No fui muy lejos.

Ni siquiera pude llegar a la puerta. Mucho antes, un torbellino vestido de blanco, con una mata de negro pelo ondeando a la espalda, me cayó en los brazos.

No quise mirar a Linda, pero besé a Marga. Después vi al teniente Chandos y el tormentoso ceño de Linda.

Empujé suavemente a Marga hasta separarla de mis brazos y avancé al encuentro de Chandos:

—¿Qué diablos te trae por aquí, Chandos? —pregunté.

—Eso mismo podría preguntarte a ti, Barry —replicó. Y antes de que pudiera decir nada, añadió—: Miss Farrell me ha referido lo ocurrido aquí desde que llegasteis.

—Iba a telefonearte esta mañana, pero te has adelantado a mis deseos. ¿A qué se debe tu visita?

Durante unos segundos miré su semblante inexpresivo y sus ojos fijos en los míos, hasta que por fin replicó:

—Encontramos un cadáver en el Hudson, sin documentación alguna, Barry. A pesar de nuestros esfuerzos, nadie ha venido a identificarle. Por eso estoy aquí.

—¿Temes que sea el de...?

—Puede que sí. Le he rogado a *miss* Farrell que venga conmigo, pero se niega a ello. Por tanto, tendré que habérmelas con esos tres miembros del Consejo de Administración de la “American and Company”. Vendrán los tres, o uno solo. Traigo un mandamiento judicial para obligarles.

Sin saber por qué repliqué:

—Pon el nombre de Murphy en él, y llévatele para allá, Chandos.

—¿Por qué Murphy, Barry?

Desvergonzadamente, y, ante el silencio de las dos mujeres que se contemplaban como el perro y el gato, me encogí de hombros.

—Qué *sé* yo —repliqué—. No obstante, uno u otro servirá. ¿Puedo ir yo también?

Me miró largamente.

—Puedes. Pero por el camino, tenemos que hablar largamente tú y yo.

Fue entonces cuando intervino Linda en la conversación.

—Míster St. Durgan ha sido contratado por mí para que descubra al asesino de Alma Perkins, teniente —dijo—. Por tanto, le ruego que le dé toda clase de facilidades.

Chandos nos miró a los dos, pero replicó a ella:

—Entonces, debo entender que no se fía mucho de los métodos de la policía, ¿verdad, *miss* Farrell?

La tranquilidad de ella al responder me desconcertó.

—Francamente no mucho, míster Chandos —dijo—. Demasiada rutina a mí entender.

Chandos no replicó. Vi cómo su ceño se fruncía, y después se encaró conmigo.

—¿Qué ocurrió anoche, Barry? ¿Quieres explicármelo tú?

Dije que sí y a continuación lo hice, pero callé todas mis sospechas, y como cosa lógica, tampoco dije nada con respecto a la Alemania Occidental.

Al terminar con mi corto relato, y sin que él dijera nada, Chandos se volvió hacia Linda.

—¿Quiere llamar a esos tres, *miss* Farrell? —preguntó.

—Enseguida, teniente —replicó ella.

Acto seguido miró a Marga, me miró a mí, y avanzó hacia la escalera. Al pie de la misma se volvió para decir:

—Pueden servirse algo para beber si lo desean.

Empezó a subir, y tomó asiento. Marga vino a mí lado y me prendió de una mano.

—¿Por qué no dejas este asunto, Barry? —preguntó ante mi estupor y posiblemente ante el del teniente a juzgar por el modo que tuvo que

mirarla.

—¿Por qué he de dejarle, Marga?

—¡Qué sé yo, Barry! Posiblemente es un presentimiento. Aquí se esconde algo muy sucio. Tal vez demasiado. El premio será un balazo en la cabeza cuando menos te lo esperes. Ya he oído lo que ocurrió anoche. ¡Déjalo, y vámonos donde sea, los dos juntos, Barry!

Acaricié su mano.

—Ya no es posible, Marga —repliqué.

—¿Por qué?

Miré al teniente y dije todo lo contrario de lo que estaba pensando:

—Voy a ayudar a Chandos hasta dar con el criminal, ricura. Sé que está aquí dentro, como lo sabe el propio Chandos. Pero, ¿quién es? En fin, puede que si alguno de los tres, o mejor dicho, Murphy, como jefe del personal de la “American and Company”, reconoce el cadáver que ahora está en la Morgue, como el de Phil Donovan, esto nos lleva a alguna parte.

La respuesta, si la había, la cortó la llegada de Linda acompañada de Jenkins.

Linda lo presentó al teniente y empezó el interrogatorio. Después, los dos juntos, llegaron Murphy y Cassidy.

El interrogatorio continuó, pero desde un principio, preferí mantenerme al margen del mismo.

CAPÍTULO XI

Dos horas más tarde, y después que hubimos desayunado, Chandos se vio hacia mí.

—¿Nos vamos, Barry? —preguntó.

Sin que mediara palabra, y antes de que yo pudiera replicar, silenciosamente, Murphy se puso en pie.

Repliqué entonces:

—Cuando quieras, teniente.

Ante mi estupor, Linda se levantó.

—Yo también voy contigo, Barry —dijo lanzándome una mirada incendiaria que Marga captó.

—De acuerdo —dije sin hacer mucho caso de aquel duelo de miradas más o menos incendiarias o cargadas de veneno—. Voy a despedirme de Lucy.

Ambas me miraron como si quisieran matarme. Pero como las miradas, que yo sepa, no asesinan a nadie, opté por seguir no dándome por aludido y sin esperar el consentimiento de nadie avancé hacia la escalera.

Tres minutos después me encontraba llamando a mí propio dormitorio donde Lucy seguía reposando y reponiéndose del susto.

Dio el permiso para entrar y lo hice avanzando después hasta situarme junto a la cabecera del lecho.

Sus grandes y luminosos ojos se clavaron en los míos, y antes de que pudiera formular pregunta alguna lo hizo ella.

—Barry —dijo—, ¿verdad que me dirás la verdad sobre ese cadáver?

Sonreí.

—Claro que sí, preciosa —repliqué—. Ahora vengo a despedirme. Voy a Nueva York con mi secretaria, Murphy, Linda y el teniente Chandos. Si es tu hermano te lo diré.

Ella se incorporó sobre la cama.

—Me levantaré posiblemente esta tarde. Si me siento con ánimo de ello, me trasladaré a Nueva York. Tengo miedo, ¿sabes?

Volví a sonreír, mirándola.

—El teniente Chandos ha telefoneado a Nueva.

York, ricura. Dentro de poco, y antes que nosotros nos marchemos dejándote a solas con Cassidy y Jenkins, tendrás una pareja de policías a tu lado.

Me lo agradeció con una sonrisa y después pidió:

—Dame un beso, Barry.

Me incliné sobre ella, y luego abandoné la habitación dejándola sola.

Chandos, Murphy, Marga y Linda me esperaban en el *hall.* Pero ante mi estupor, no estaban solos. Jenkins y Cassidy estaban con ellos.

Jenkins era el que hablaba.

—Nosotros tampoco nos quedamos aquí, teniente. No deseamos más complicaciones por el momento. El "Mercedes" de *miss* Farrell puede servirnos para trasladarnos a Nueva York. Usted ya tiene nuestras señas por si hacemos falta para algo. Por otra parte, siempre que quiera, nos encontrará en el edificio principal de la "American and Company".

Chandos no tuvo nada que objetar, Linda tampoco en lo tocante a su coche, y se fueron.

Nosotros tardamos aún más de media hora. Permanecimos en la finca hasta que se presentaron dos policías de uniforme. Chandos les dio instrucciones con respecto a Lucy, y finalmente partimos.

Él y yo, en el coche de policía, donde había venido Marga. Y ella y Linda, las dos juntas, en mi "Ford", con Murphy.

¡Nuevas ironías del destino!

Sentado frente al volante, conduje en silencio por espacio de algunas millas, hasta que al tomar una cerrada curva, Chandos empezó a hablar de una forma inopinada, y al oírle, comprendí el por qué había querido que Murphy fuera en compañía de las dos mujeres.

—Tengo entendido que la "American and Company" importa y exporta maquinaria agrícola y textil a la Alemania Occidental, Barry —dijo—. ¿Qué sabes de esto?

Pensé.

Pensé rápidamente, tal vez como no lo he hecho en la vida.

Pero a pesar de mi rapidez al pensar, Chandos volvió a la carga antes de que pudiera darle una respuesta concreta, y esta vez con una amenaza para mí.

—¿Sabes que puedo retirarte la licencia de privado si me lo propongo, Barry?

Era un respiro y me agarré a él como un náufrago a una tabla.

—Lo sé, Chandos —repliqué—. Pero, ¿acusado de qué?

Soltó una risita que me dio mala espina. Después dijo:

—Puedo acusarte de ocultar información a la policía. Y lo haré. Tenlo por seguro, si no me dices la verdad.

Intenté una sonrisa y añadió:

—No te rías, Barry. Aquí, como dijo tu secretaria, se oculta algo

muy sucio, y me propongo descubrirlo. Tú sabías esto y lo has callado. ¿Por qué, Barry?

Reí entonces. Era lo único que podía hacer aunque fuera un tanto forzadamente.

Después repliqué:

—Según mi propia opinión, Chandos, el asunto no merece la pena de ser investigado. Es, como dices, maquinaria textil y agrícola, y el asunto obedece seguramente a un plan de ayuda de los Estados Unidos a la Alemania Occidental. Eso es lo que creo yo. Por tanto, no merecía la pena, como comprenderás, mencionarlo siquiera.

No replicó de momento. No dijo nada, y conduciendo, no pude ver tampoco su rostro, de perfil hacia mí ya que se mantenía con la vista fija en la cinta de la carretera.

—Conque esa es tu opinión, ¿eh, Barry? Permíteme que me ría, muchacho.

Más que verle intuí que se volvía hacia mí. Casi en el acto oí sus siguientes palabras:

—Puede ser la tuya, pero no la mía. Por tanto, voy a ponerme a investigar inmediatamente. Y oye bien esto: si después descubro que me has estado ocultando algo, las cosas acabarán mal para ti.

—¿Quieres decir que...?

—Que nuestra amistad se la llevará el diablo, Barry. Tenlo por seguro —me interrumpió secamente.

No repliqué. Seguí conduciendo en silencio hasta Nueva York, y en el mismo silencio, siempre llevando detrás mi “Ford”, conducido por Marga, llegamos a la Morgue.

También entramos en el edificio sombrío y gris en el más completo silencio. Pero lo hicimos los tres. Murphy, Chandos y yo.

Dentro de su cajón de metal, con raíles, estaba el cadáver de un hombre, horriblemente hinchado. Le miré de pasada. Pero aun así, pude darme cuenta del agujerito que tenía en la sien derecha, producido indudablemente por un arma de gran calibre.

Me aparté.

Las náuseas que me acometían no me dejaban estar allí ni un segundo más.

Vi como Murphy y Chandos se acercaban al cajón, y como este decía:

—Sí, le conozco. Es Phil Davison. El hombre que se presentó a pedirme un empleo cuando faltó a su obligación el hermano de *miss* Lucy Steiner.

—¿Qué sabe de Steiner?

—Lo que todos, teniente...

Esto fue lo último que oí.

Mi precipitación al abandonar el depósito me impidió oír el resto de la frase.

Marga y Linda estaban en la puerta, y ambas avanzaron a mí encuentro.

—¿Quién era, Barry? ¿Le han reconocido?

Repliqué a Linda:

—Si. Murphy ha dicho que se trata de Phil Davison, el hombre que sustituyó a Steiner en el manejo de la grúa, el día del accidente o del asesinato.

—¿Crees que fue un accidente, Barry?

La pregunta la formuló Marga y hacia ella volví el rostro.

—¿Accidente? No, Marga. Antes podía aún creerlo, pero ahora no.

—Entonces, ¿crees que Steiner ha sido asesinado también?

—Podría apostar algo a que así ha sido, Marga. El primero de todos, y precisamente para dejar vacante el puesto de la grúa —miré a Linda y añadí—: Ahora, si Chandos no desea nada más, tú y yo acompañaremos a Marga a su casa. Después hablaremos.

Vi el gesto de desagrado de Marga, pero, según mi costumbre, no hice caso. La investigación la llevaba yo a cabo, y no ella.

Linda dio su consentimiento y después preguntó:

—¿Qué más dijo Murphy, Barry?

—No lo sé, tesoro. No me vi con ánimo de continuar allí dentro. El espectáculo no es muy agradable que digamos.

Callamos.

Y permanecimos en silencio hasta que Murphy, acompañado de Chandos, apareció por la puerta.

El jefe de personal vino hacia nosotros y preguntó encarando a Linda:

—El teniente me ha dicho que puedo irme. ¿Me nece...?

—No, Murphy —replicó Linda—. Puedes irte si lo deseas.

Se fue sin despedirse de nadie.

Así que lo hube perdido de vista cuando desapareció definitivamente por la próxima esquina, me volví a mirar a Chandos.

—Y nosotros, ¿también podemos irnos, Chandos? —pregunté.

Me miró largamente, durante más de tres o cuatro tensos minutos y al fin replicó:

—Podéis hacerlo cuando queráis, Barry. Pero no te olvides de lo que hablamos en el coche. Quiero saber todo lo que tú sepas. Eso, o te meterás en un lío.

No repliqué a aquello, ni siquiera di las gracias, de lo que se encargó Linda, y nos fuimos.

Con un ceño de mil diablos, Marga se quedó en su apartamento y Linda y yo, con toda frescura, nos fuimos a comer por ahí.

Lo hicimos en un caro restaurante de la Quinta Avenida, y después nos fuimos a bailar.

Ahora fue un club nocturno de Broadway el que nos acogió en su cariñoso seno, y allí, mientras la llevaba entre mis brazos, ligera como una pluma, pregunté:

—¿Conocías a Flanagan, Linda?

Se estremeció entre mis brazos y después respondió suavemente:

—Si. Un poco. Como todas.

—¿También te hizo el amor?

Tardó bastante en contestar, y antes de hacerlo me besó en una oreja.

—Sí, Barry. Fue mi prometido durante un par de meses. Hasta que supe lo que buscaba.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, dulzura?

Se apretó contra mí y seguimos bailando unos cuantos minutos más en el más completo silencio hasta que pregunté en vista de que callaba:

—¿Por qué no respondes, Linda?

—Tú tampoco me lo preguntaste, Barry. Por otra parte, no deseaba perderte. Ahora da lo mismo. Están Lucy y Marga. Dos hermosas mujeres en contra mía. Por tanto, prefiero decir la verdad.

Continué pensando durante unos cuantos minutos, y pregunté al final del bailable que la orquesta estaba interpretando en aquel entonces:

—¿Y qué tal persona era, tesoro?

Se colgó de mi brazo tirando hacia la mesa, y, con sus bellos y grandes ojos fijos en los míos, musitó:

—Un canalla, Barry querido. Él quería algo que yo no estaba dispuesta a darle. Después, poco a poco, fui dándome cuenta que al fijarse en mí, solo le guiaba la ambición. Rompimos entonces. Eso es todo, Barry.

Nos sentamos frente a dos “Manhattans”, pensativos los dos. Fue ella la que rompió el silencio para preguntar:

—¿Con cuál de las tres vas a casarte, Barry? Posiblemente con ninguna de nosotras, ¿no?

Confieso que no supe qué responder.

Por tanto, y en vista de mi silencio, ella añadió:

—Creo que si te comprometes con alguna de ellas, la mataré, Barry.

No me reía.

Esperé a que apurara el resto de su “Manhattan” y me puse en pie para acto seguido ceñirla por el talle y llevarla nuevamente a la pista.

CAPÍTULO XII

—En los muelles de carga y descarga de la Compañía que tan bien representas, tendréis un encargado o un capataz, ¿verdad, Linda?

Mi pregunta fue formulada sobre las diez de la noche, y cuando ambos nos encontrábamos dentro del "Ford", decididos a separarnos cuando la dejara en su apartamento.

Mirándome, y mientras embragaba, ella replicó:

—Sí, Barry. Don Taylor se llama. ¿Por qué?

En vez de replicar directamente a su pregunta repliqué con otra:

—¿Qué tal persona es?

Sonrió ante una pregunta que ella juzgó superficial, o fuera de lugar, expresándome mejor.

—No conozco a todo el personal de mi empresa, Barry —replicó—. Eso sería completamente imposible. Sé que se llama así por los ficheros.

—De acuerdo, encanto —dije—. Pero sí sabrás el nombre del barco que sale con maquinaria para la Alemania Occidental, ¿no?

—Sí, claro.

Me lo dijo y añadió cuando ya estábamos rodando hacia su domicilio:

—Vas a ir a verle, ¿no?

—Sí, claro.

—Prometiste llevarme, Barry.

—Y lo haré, aunque no vendrás conmigo cuando le haga la visita de cumplido a ese tal Don Taylor.

—¿Por qué?

—Porque tú ya estarás durmiendo, monada —repliqué.

Calló unos cuantos segundos. Los empleó en mirar por la ventanilla y de nuevo me enfrentó diciendo:

—¿Quieres decir que vas a ir esta noche, Barry? Tienes que saber que ahora ese Taylor no estará en el puerto. No estará en nuestros "docks", sino en su casa, y yo, en este mismo instante, no recuerdo sus señas.

—No te esfuerces, nena, que ya lo encontraré —repliqué aparcando ya frente al número de su casa.

La ayudé a descender, y ahora frente a frente, no quise mirar sus ojos, temeroso de lo que veía en ellos.

—¿Subes, Barry? —preguntó.

—En otro momento, querida —dije, enlazándola por la cintura.

Allí, en medio de la calle, bajo el alumbrado de las luces eléctricas, permanecimos los dos estrechamente unidos por espacio de un largo tiempo.

Después, con el seno alentando, ella musitó quedamente:

—Aunque te cases con otra, Barry, prométeme que te cuidarás esta noche.

Le prometí lo que quiso para que me dejara tranquilo y regresé de nuevo al volante, que si no era tan hermoso como ella, sí era más tranquilizador.

Una vez en el muelle aparqué el coche frente a la puerta de un bar y entré en él.

Humo, mujeres y licores baratos a granel.

Mujeres sobre todo. Más o menos pintadas, pero mujeres, en fin. Me acerqué a la sucia barra, mirando los tinos de todas clases, que veía en el interior, la mayoría, como cosa natural, de aspecto brutal, y pregonando a varias millas de distancia su oficio de cargadores de muelle.

Entre ellos podía estar Don Taylor.

Me acomodé en uno de los altos taburetes, haciéndolo ante la mirada suspicaz del obeso y malcarado *barman* y pedí un *whisky*.

Mientras me lo servían volví a mirar en torno. Fue entonces cuando descubrí, sentada a una de las mesas, sin preocuparse de la profusión con que enseñaba sus lindas piernas, a una despampanante pelirroja.

Extendí el brazo y curvé el dedo en una seña significativa que en todas partes quiere decir lo mismo.

Me entendió en el acto, porque vino hacia mí con precisión cronométrica.

Tanto es así que un quinto de segundo después se había encaramado en el alto taburete, sin cuidarse de bajar su falda, mirándome con sus hermosos y rasgados ojos garzos.

—Hola, guapo —dijo—. ¿Qué voy a tomar?

Me reí silenciosamente.

—Lo que quieras, nena —dije—. Pero esto te costará algo. Una pequeña información.

Al instante vi cómo se ponía en guardia. Después dijo:

—¡Eso ya lo sabía yo! Debí darme cuenta de que tú no eras como esos.

Hizo ademán de saltar del taburete, para “largarse” y entonces encaró al *barman*.

—Oye, Ted —dijo—. Este tipo pretende saber algo de los “docks”.

El tipo de marras, tal y como había dicho ella, podía ser yo, pero para mí lo era el que había detrás del mostrador, sin contar la docena y

media más que había dentro del pestilente y oscuro local. Por tanto, le miré dispuesto a llevar la mano a la funda de la axila, y no gastar contemplaciones con nadie, si la cosa se ponía al rojo.

Oí su pregunta mucho antes de que me diera cuenta de todo. Principalmente, del súbito silencio que se había adueñado del interior del bar.

—¿Desea algo, amigo?

Le miré fijamente mientras, de pasada, y con la mano derecha, me acariciaba la solapa izquierda.

—Sí —repliqué enfrentándole abiertamente—. Esta estúpida ha dado la voz de alarma, sin saber aún lo que pretendo. Simplemente deseo hablar con Don Taylor. Sé que es capataz de la "American and Company".

Después de mis palabras, el silencio se hizo aún más espeso dentro del local.

Luego, el *barman*, o el dueño, que para mí era lo mismo, preguntó:

—¿Para qué quiere verle?

—Es sencillo —repliqué—. Me manda *miss* Linda Farrell para que hable con él. ¿Hay algo de extraño en eso?

—No mucho —repuso el tipo aquel—. ¿Por qué no cuenta ahora uno de miedo?

—No sé de ninguno, amigo —repliqué secamente, en guardia ya—. Y hablando de otra cosa: ¿por qué no deja de hacer el imbécil y llama por teléfono a *miss* Farrell? Ahora acabo de dejarla en su apartamento. Ande, haga la prueba, ¿quiere?

Durante unos segundos nos miramos en el más completo silencio. Después alargué la mano y apuré de un trago el infame *whisky* que me había servido.

Pedí otro.

Silenciosamente me lo sirvió mientras el silencio del local era cada vez más espeso.

Repentinamente, el tipo aquel giró en redondo y, dando media vuelta, desapareció por la puerta que daba a la trastienda.

El silencio se hizo más tenso y espeso.

Un silencio extraño, cargado de mortal dinamita.

Empecé a beber mientras la despampanante pelirroja permanecía sobre el taburete, con la estrecha falda de tubo a medio muslo, mirándome, pero quieta, completamente inmóvil, como si repentinamente se hubiera convertido en una estatua de piedra.

Súbitamente vi salir al tipo. Continué bebiendo, como si tal cosa, hasta que dijo:

—En el 611 de esta misma calle, tres cuadras más abajo.

Sin replicar apuré el *whisky*, salté del taburete, pagué, y después miré a la pelirroja.

—Lo siento, nena —dije—, pero acabas de perder cien dólares.

No quise ver la mirada que me lanzó ni tampoco oírla cuando dijo:

—Gracias, bastardo.

Salí a la calle y miré en torno.

Vacía y silenciosa. Como una tumba. Sin mujeres ni nada. Pero peligrosa y siniestra. Por lo menos, eso fue lo que me pareció a mí.

Me escurrí dentro de un oscuro portal, y pasé la “Magnum” de la funda de la axila al bolsillo derecho de la chaqueta.

Luego volví a la calle y empecé a caminar.

Aquella misma acera, tres cuadras más abajo, en el número 611.

El portal estaba a oscuras, silencioso y vacío, lo mismo que la calle.

Entré en él llevando el encendedor de gas en la mano izquierda y la culata de la automática en la derecha, pero sin sacarla del bolsillo.

Agucé el oído durante unos minutos y después encendí el encendedor para, acto seguido, acercarme a la tablilla indicadora.

Allí estaba.

Don Taylor; piso octavo, apartamento 6, letra P.

Empecé a subir por la estrecha y tortuosa escalera, completamente a oscuras.

El pasillo también carecía de luz en aquellos momentos. Me detuve dudando en encender una luz, hasta que finalmente lo hice y avancé por él. Después, con el oído pegado a la madera de la puerta, escuché.

El tipo estaba dentro, y no solo.

Apagué el encendedor, lo guardé, y a continuación pulsé el botón del zumbador.

El tenue rumor de la conversación que había dentro del apartamento cesó en el acto. Después oí unos rápidos y felinos pasos, y repentinamente el pasillo se iluminó.

Comprendí que lo habían hecho desde dentro del apartamento y esperé.

No fue mucho.

En el siguiente minuto la puerta se abrió y me vi frente a una rubia teñida, de ojos grandes, y bastante pintada. En exceso diría yo.

No estaba mal. No, ni mucho menos. Tenía de todo con profusión, y no trataba de ocultarlo, ya que parecía preocuparla ni poco ni mucho el desaliño de su ropa, ni que pudiera verla un desconocido. Como por ejemplo yo.

—¿Qué busca aquí? —preguntó—. Si es a mí, le digo de antemano que no estoy, querido.

—A Don Taylor —repliqué sin hacer mucho caso de sus palabras.

—Vuelva otro día y tal vez le diga si conozco o no al tipo ese.

Introduje el pie entre la puerta y el marco, empleando un viejo truco que no por viejo deja de dar resultado y dije:

—Don está dentro, ricura. ¿Quieres apartarte de la puerta y decirle que le busca un amigo de parte de *miss* Farrell?

No se movió, frunció el ceño y respondió:

—Le he dicho que vuelva otro día, que no compro nada, tipo guapo. ¿Está claro?

Intentó cerrar la puerta y entonces empujé apartándola de la misma sin ninguna suavidad. Cuando dejó de dar pases hacia atrás, con el rostro centelleante por la cólera, intentó avanzar de nuevo hacia mí.

Me preparé para recibirla adecuadamente, pero no pude hacer nada. Una voz de hombre, viniendo del interior, exclamó:

—¡Te he dicho que le dejes pasar, Marcia!

Toda la actitud belicosa de la mujer desapareció como por encanto, y apartándose a un lado indicó:

—Por aquí. ¿Quiere pasar?

Lo hice rozándola, y ella dijo entonces:

—Así se muera o reviente, querido.

Continué adelante sin prestarla mayor atención, pero en guardia contra el tal que me esperaba en el "living", ya que comprendí al instante que el dueño del bar le había telefoneado para anunciarle mi visita, apenas salí de allí.

Don Taylor estaba sentado en el sofá, cara a la puerta. En líneas generales era de aspecto brutal, tal y como correspondía a un tipo que, cómo él, debido a su cargo de capataz, tenía que bregar a diario con toda la hez y morralla de los muelles de Nueva York.

Con toda la pestilencia.

CAPÍTULO XIII

Era un verdadero gigante pelirrojo.

—Siéntese —dijo quitándose el cigarrillo de los labios para lanzar la incandescente colilla al suelo.

Una vez que lo hube hecho añadió:

—Usted habla. Pero antes, ¿quién es...?

—Me llamo St. Durgan, Taylor —repliqué—, y vengo de parte de *miss* Linda Farrell.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere?

—Vengo a hacerle unas cuantas preguntas sobre los trabajos del muelle en general.

—Sí, ¿eh? ¿Puede decirme si *miss* Farrell le autoriza a ello, y, sobre todo, quién es usted dentro de la empresa?

Sonreí sin ganas.

—Supóngase que soy un inspector, nombrado recientemente por la “American and Company” para abrir una investigación sobre todo cuanto se cargue pasado mañana en el “Kansas City”, y con destino a la Alemania Occidental. ¿Qué responde?

—Que tendrá que darme su nombramiento, amigo. Solo así contestaré a sus preguntas.

Miré a la mujer.

Marcia se había sentado sobre un sillón, reclinando su hermoso cuerpo contra el respaldo, con lo que el pujante y atrevido seno se plasmaba netamente bajo la tela de aquel especie de vestido de “andar por casa” que llevaba puesto.

Verdaderamente seguía teniendo de todo. Y piernas, unas piernas envueltas en bien relleno nylon. Unas bellas e interesantes piernas. Después de mirarla por todos los lados imaginables me puse en pie, enfrentándoles.

Pero me dirigí a Taylor.

—Supóngase que no tengo ese nombramiento que pide, Taylor —dije—. ¿Qué ocurrirá entonces?

Se puso en pie, enfrentándome a su vez:

—Supóngaselo usted, rico —replicó—. Y ahora, ¿quiere salir de aquí?

Miré en torno. Acto seguido señalé el teléfono.

—¿Qué les pasa a todos los del puerto? —pregunté—. Se están poniendo demasiado cargantes, y usted entre otros, Taylor. ¿Por qué no

telefonea a *miss* Farrell?

Fue entonces cuando intervino Marcia.

—¡No lo hagas, Don! Ese tipo tiene todas las trazas de ser un sucio pesquisa. Un chivato, querido.

Me volví a mirarla, pero sin perderle de vista a él.

—Cierra el pico y vete a dormir, rica —dije fríamente—. Esto es cosa de hombres —y de nuevo a él—: ¿Telefonea usted, o lo hago yo, Taylor? ¿O acaso tiene miedo a algo?

Dio un paso hacia mí y apreté la culata de la "Magnum". Pero se detuvo al instante, y luego formuló la pregunta:

—¿A qué tengo que tener miedo yo, St. Durgan?

—Eso debe saberlo usted, Taylor. Pero debe ser así cuando pone tantos inconvenientes a mí labor. ¿Telefonea?

Giró hacia el teléfono y de nuevo intervino la rubia.

—¡Mándalo al cuerno, querido! —dijo—. ¿No te das cuenta de que...?

—¡Cierra el pico de una vez, Marcia, y vete a la cama!

Ella le lanzó una mirada venenosa y se puso en pie. Entonces dejé de ver sus piernas y respiré con más libertad, mientras el gigantesco Taylor se acercaba al teléfono.

Pero no fue a telefonear. Ni siquiera hizo aprecio al mismo. Alargó la mano, abrió uno de los cajones de la mesita sobre la cual descansaba el mismo, y la mía se cerró aún más en torno a la culata de la "Magnum".

Cuando se volvió hacia mí, en la mano llevaba una chata botella de *whisky*. Acto seguido se sentó en uno de los sillones, extendió sus largas y fuertes piernas y dijo:

—Pregunte, amigo. ¿Qué quiere saber?

Le miré a él y luego a ella.

Marcia ya no estaba junto al sillón. Se encontraba recostada contra la puerta de lo que debía ser un dormitorio, y el batín o la bata de casa quedaba abierto por el centro, desde la cintura hasta los pies.

Desde luego, era una maravilla de mujer. No me cabía la menor duda de ello.

Seguía sin moverse, sin mirarnos a ninguno de los dos, y con una extraña y ausente expresión en su semblante. Una expresión que me hizo preguntarme, si aquellos dos, sin palabras, se habían puesto de acuerdo, y frente a mis narices.

A su vez me pregunté para qué, sin que por el momento pudiera darme a mí mismo una respuesta satisfactoria.

Repentinamente decidí no mirarla más.

Decidí no pensar en ella y me volví para encarar a Taylor. Hecho

este me senté frente a él.

—¿Qué carga suelen llevar los barcos que salen para la Alemania Occidental, Taylor?

—Maquinaria textil y agrícola. ¿Por qué?

No hice caso a su pregunta final y repliqué:

—¿Nada más?

Quedó unos momentos pensativo y después dijo:

—Bueno, lo otro no creo que tenga mucha importancia.

—¿Qué es lo otro?

—Hierro. Hierro viejo e inservible. Por lo menos eso es lo que se dice y lo que yo he visto, St. Durgan.

—¿Hierro? ¿Y para Alemania Occidental? ¿A Berlín acaso?

—Sí, claro —replicó—. La mayoría de las veces, sí.

—Pero, ¿para qué quieren los alemanes ese hierro? ¿Acaso ellos carecen completamente de industria?

Groseramente se encogió de hombros.

—Eso no lo sé —replicó.

Hice una ligera pausa que aproveché para ponerme en pie, mirando de soslayo a la rubia, que seguía en el mismo sitio y en la misma postura. Después solté la pregunta:

—¿Motores no, Taylor?

Su rostro se convirtió en una dura máscara. Pero más que su cambio, me extrañó que Marcia no interviniera de nuevo.

Entretanto le oí decir:

—Oiga, fisgón, ¿qué diablos se propone? ¿Qué infiernos quiere decir con eso y a qué viene tanta pregunta?

Sonreí, aunque sin ganas de hacerlo.

—Desde ahora en adelante, Taylor —repliqué—, voy a encargarme de comprobar el contenido de todo lo que la “American and Company” exporte para Alemania, tanto en barco como en avión.

—Eso quiere decir que yo...

—Simplemente lo que ha oído, Taylor. Lo que signifique para usted u otro cualquiera, no es cuenta mía, sino de la empresa.

Giré hacia la puerta cuando ya se estaba poniendo en pie. Llegaba a ella cuando preguntó:

—¿Cuándo empezará, St. Durgan?

—Lo haré solo.

Abrí la puerta antes de que pudiera replicar, lancé un guiño a la rubia que me replicó con otro, y salí al pasillo.

De nuevo en la silenciosa y vacía calle.

Regresé al bar.

Deseaba hacer tiempo. Esperaba algo sin saber a ciencia cierta si

estaba o no en lo cierto.

La despampanante pelirroja estaba allí.

Sentada a la misma mesa.

No la llamé, pero fue lo mismo. Apenas verme, y olvidando su insulto de despedida, que también olvidé yo, vino a mí lado y se encaramó en el alto taburete con la misma precisión cronométrica que la primera vez.

—Hola, fisgón —dijo por todo saludo—. ¿Me invitas ahora?

La miré de pies a cabeza, con todo descaro. Y la vi sonreír cuando mis ojos se detuvieron un poco más en el filo de su corta y estrecha falda.

Después dije:

—No me gusta tu tono, nena.

No perdió la sonrisa.

—Bueno, no te enfades por eso —replicó—. No te lo diré más. ¿Me invitas?

Tomamos *whisky*. Mientras ella bebía pregunté:

—Oye, encanto, ¿quién es Marcia?

Dejó el vaso sobre el sucio mostrador y mirándome fijamente preguntó a su vez:

—Quién, ¿la chica de Don?

Era toda una respuesta y no había otra pregunta para ella. Tampoco me interesaba quién pudiera ser la tal Marcia. Ni poco ni mucho.

Solo importaba una cosa: el tiempo. Tal vez una media hora. Tal vez hiciera falta un poco más.

Apenas si llevaba diez minutos en compañía de la pelirroja. Entretanto, ella seguía bebiendo. Casi había apurado su *whisky* y yo aún no había tocado el mío.

—¿Nos vamos?

La miré denegando lentamente con la cabeza. Nada me importaba allí. Ni ella misma. Ni siquiera sabía su nombré. Tampoco pensaba preguntárselo. No importaba nada.

Solo el tiempo.

Un tiempo que no acababa de transcurrir.

La pelirroja habló de nuevo:

—¿Por qué?

Repliqué ahora, pero con el pensamiento puesto en otro sitio:

—Yo no te he llamado, ricura.

—No. Ahora no —dijo—. Pero antes sí.

De nuevo el tiempo. Miré el reloj. Apenas cinco minutos más.

Repliqué:

—Antes precisaba una información, tesoro.

—¿Ahora no precisas nada, querido?

—No, ahora no.

Apuró el vaso sin decir palabra. Pero no fue así ya que al terminar dijo:

—Bueno, chico, ¿pones otro?

Se lo sirvieron. ¿Qué más daba?

Por tercera vez miré la esfera de mi cronómetro. Demasiado pronto aún. Entonces clavé los ojos en el sucio cristal del espejo que había detrás del mostrador y apenas si pude distinguir la puerta de la calle, frente a mí espalda.

En aquel momento la rubia dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Has perdido la novia, o se te ha atragantado una espina de bacalao en la garganta?

Rio de su propia gracia mientras yo miraba de nuevo el reloj, cuyas saetas parecían haberse inmovilizado del todo.

Fue entonces cuando la pelirroja reparó en el detalle.

—¿Esperas a alguien? —preguntó en el acto.

—No. ¿Por qué?

—Porque estás nervioso. No haces nada más que mirar el reloj. ¿Es a Marcia? Si es así, voy a darte un consejo: Don Taylor es un mala bestia, ¿sabes? Por tanto, ¡déjala en paz!

No la escuchaba.

Con los ojos clavados en el espejo, seguía mirando la puerta.

Nada. Todavía nada. ¿Estaba equivocado? Posiblemente sí.

Por quinta vez, y en el espacio de menos de media hora, miré el reloj. Entonces me decidí. Saqué unos cuantos billetes y los puse encima del mostrador, frente a la pelirroja.

—Me marcho, ricura —dije—. Paga, y quédate con el cambio.

Sonrió.

Y sabía sonreír.

CAPÍTULO XIV

Una vez en la puerta me detuve vacilando antes de atravesarla, notando todos los ojos fijos en mi espalda.

Aquello era mucho peor aún que lo que pudiera aguardarme a la salida. En la calle.

Atravesé entonces la puerta con la mano agarrotada en torno a la culata de la “Magnum”. Nada.

Nada a un lado y otro de la calle.

El “Ford” seguía donde lo dejé. Pasé de largo camino de los “docks”, caminando lentamente, bajo el alumbrado unas veces, y en sombras, otras.

Finalmente el puerto, el agua, la masa oscura y sombría de los barcos de gran tonelaje. El “Kansas City”.

Los fardos y cajones apilados a todo lo largo del muelle de carga. La masa de hierro y acero de la gigantesca grúa que me recordó a un hombre muerto en la Quinta Avenida, aplastado contra el asfalto bajo una viga de hierro.

A un hombre llamado Flanagan, y que posiblemente era un chantajista.

Me introduje por entre los fardos sin acercarme a ellos. Sin mirarlo. Mi objetivo eran los grandes cajones cargados de maquinaria o... de hierro.

Me acerqué a uno de ellos escogiéndolo al azar. Le di la vuelta por todos lados buscando algo que me indicara su punto de destino.

Entonces surgió la sorpresa.

Vino sin que yo oyera nada, ni el más leve rumor, ni la más leve pisada, y cuando una bronca voz dijo a mí espalda:

—¡Quieto, bastardo! ¿Quiere darse la vuelta? ¡Despacio!

Lo hice lentamente, pero sin sacar la mano del bolsillo derecho de la chaqueta.

Frente a mí, apuntándome con una automática, había un hombre. Un cargador del muelle. Posiblemente un vigilante, o uno de los vigilantes nocturnos de la “American and Company”.

Su rostro brutal estaba iluminado por una mueca que quería ser, seguramente, sarcástica.

—Así está bien, fisgón —dijo—. Ahora va a decirme quién es usted y qué busca por aquí.

—Antes —repliqué—, ¿por qué no me dice qué derecho tiene para

hacerme estas preguntas? —señalé el arma que empuñaba, con la maño izquierda, y añadí—: Incluso esa arma está fuera de lugar.

—Pues no la olvide —replicó secamente—. ¿Qué hace husmeando por entre el cargamento?

—Me llamo St. Durgan y soy un nuevo empleado de la “American and Company” —dije—. Este muelle pertenece a la compañía, ¿no es así? Pues ahí tiene mi respuesta. Ahora, ¿quién es usted en este caso?

Hizo una mueca y dio un paso atrás. Introduje el dedo por el guardamonte de la “Magnum” y acaricié suavemente el gatillo.

—Uno de los vigilantes nocturnos, amigo. También de la “American”. ¿Espera que le crea?

—Me importa un bledo que pueda creerme o no —repliqué—. ¿Por qué no vamos a un sitio donde pueda telefonear? Miss Linda Farrell le dirá que...

—No puedo moverme de aquí —me atajó lleno de ironía.

Repliqué a mí vez en el mismo tono:

—¿Y vamos a estar así toda la noche?

Entonces fue cuando se destapó por completo.

Primero sonrió. Después dijo:

—No, espero que no, pesquisa, porque usted no va a ir a ninguna parte como no sea al agua. Dé media vuelta y andando.

Pude matarlo en aquel entonces, y ahora, confieso que debí hacerlo.

Partiendo de la base que no me importara hacerlo a sangre fría, cosa que no era así, a aquel individuo le necesitaba vivo.

Intenté ganar tiempo por si podía sorprenderle. Pregunté entonces y en respuesta a sus anteriores palabras:

—¿Dónde?

—Eso es cuenta mía, pesquisa. Dé media vuelta, siga derecho, y ya le diré dónde nos detenemos.

—¿Cuenta de usted, o cuenta de Don Taylor? —pregunté.

—Es usted un tipo listo, pesquisa. Demasiado. Vamos, menos palabras y andando o le meto un plomo aquí mismo.

Empecé a girar lentamente. ¿Qué más daba, como él había dicho, que fuera allí mismo o en otro lugar más distante?

—Vamos. ¡Dese prisa!

Fue entonces, al completar el medio giro, y cuando me llegó su voz, el momento que escogí para saltar sobre él, llevando la cabeza baja.

El tipo sabía luchar.

Me di cuenta demasiado tarde, cuando se echó a un lado y disparó el puño hacia mi cabeza cuando pasé junto a él. Un puño grande como una maza y que no iba solo, ya que le acompañaba la automática que empuñaba.

El golpe me alcanzó a un lado de la cara, y en el acto me vi lanzado contra uno de los fardos que volteó dando un tumbo y llevándome a mí consigo, hasta el otro lado.

Durante unos cuantos segundos luché por ponerme en pie. Por recuperarme un poco mientras la cabeza parecía querer estallarme en mil pedazos.

Repentinamente oí sus pisadas. El tipo aquel estaba rodeando el fardo, tal vez para ahora disparar contra mí.

Gateé yendo hacia el lado contrario, mientras todo daba vueltas en torno mío.

Oí su maldición al no encontrarme donde esperaba y, entonces, siempre pegado al fardo, me puse en pie. Extraje la "Magnum".

Jadeando, notando que las piernas me temblaban, mordiéndome los labios para evitar que las náuseas y el mareo se apoderaran de mí, pegué la espalda contra el fardo y esperé.

Fue entonces cuando oí a los demás. Sus rápidas pisadas y calculé que, por lo menos eran tres, y con el que tenía a mí espalda, cuatro.

Recordé al hermano de Lucy Steiner cuyo cadáver no había aparecido aún. Tal vez el mío tampoco aparecería si aquellos cuatro lograban echarme el guante.

Oí ahora la voz del tipo que me había sorprendido.

—Está aquí, detrás de este fardo.

Claramente noté cómo se acercaban, y me moví en dirección hacia donde había sonado su voz.

Lo hice más rápidamente que en un principio, clara señal de que me iba recuperando rápidamente.

Rodeé el fardo, y ambos nos vimos al mismo tiempo. Pero él fue tarde en reaccionar. Cuando lo hizo, cuando verdaderamente quiso darse cuenta de lo que se le venía encima, levantó la automática y disparó.

Pero el plomo pasó alto. Muy alto sobre mi cabeza, porque antes, mucho antes, le metí un balazo en medio de la frente.

Apenas si tocó el suelo, llevando los ojos en blanco, salté sobre su cadáver y empecé a correr por entre los bultos y fardos, en dirección a la salida de los "docks".

Un estallido a mí espalda, y el plomo al zumbar en mi dirección, pero milagrosamente sin tocarme, me hicieron cambiar momentáneamente de opinión.

Me lancé de cabeza al suelo. Reboté por él, y cuando quedé de rodillas disparé contra la sombra que en aquel momento intentaba alcanzar uno de los grandes y pesados cajones.

Vi cómo la cara se le borraba en un estallido de sangre, y luego, su

alarido de agonía desgarró la noche poniéndome el bello de punta.

Después, cayó de cabeza. A su caída, a su alarido, siguió una extraña calma. Un silencio denso, pesado, agobiante.

Escuché.

Nada. Ni siquiera el silbato de un policía de ronda. Me puse en pie y avancé, pero ahora en sentido contrario. O sea, hacia el cuerpo caído del segundo hombre que acababa de matar, y lo hice negado materialmente contra todo aquello que en menos de un segundo pudiera servirme de parapeto.

Mucho antes de llegar a él me detuve.

Ahora, luego de los disparos, el silencio que había en torno se me antojaba extrañamente mortal. Algo maligno parecía emanar de las sombras de los "docks". De la noche.

De su propio maligno silencio.

Era como una mortal amenaza para mí.

Me pegué a uno de los grandes cajones, escuchando, con los ojos fijos en el cadáver del hombre que acababa de matar, cuya trágica inmovilidad me fascinaba.

Una trágica inmovilidad, que podía ser la mía dentro de poco. Don Taylor y otro más estaban acechando en las sombras, en el silenció, entre las masas sombrías de los fardos y cajones, dispuestos a no dejarme salir del puerto.

Dispuesto a que no lograra descubrir su no menos trágico secreto. Un secreto que para mí ya no lo era. Pero un secreto que, si me descuidaba, podía llevármelo conmigo a la tumba.

Lo mismo que se lo llevó Flanagan y Davison. Lo mismo que pudo habérselo llevado Alma Perkins. Una mujer que me gustó a primera vista como ninguna otra, y que ahora estaba muerta. Asesinada brutalmente en medio de la calle cuando iba a entrevistarse conmigo.

Avancé un poco más.

Un rumor.

¿A mi espalda, o era ilusión de mis sentidos?

Me detuve de nuevo. Aspiré fuerte con el dedo tenso sobre el gatillo.

Nada. Ilusión de mis sentidos.

Era eso, y nada más.

Pensé en Cassidy, en Murphy y en Jenkins. ¿Cuál de los tres? Todos, uno a uno, habían tenido tiempo más que sobrado y ocasión para telefonear a Taylor, ordenando mi muerte.

Pero, ¿quién de ellos?

¿Y Lucy? ¿Y Linda Farrell? ¿Qué sabía ella de todo aquel tinglado? Posiblemente mucho. Sería raro todo lo contrario. Ella, como la

directora general de la "American and Company" tenía forzosamente que saberlo todo.

Sin embargo, y, sin saber por qué, no acababa de creerlo. Por eso mismo mis pensamientos, mis sospechas, iban directamente a los tres miembros del Consejo de Administración.

Y, mientras tanto, ¿qué hacía la policía? ¿Qué hacía el teniente Chandos?

Súbitamente recordé a la rubia Marcia. Con su cuerpo maravilloso y sus largas y bien torneadas piernas, y en la profusión con que las mostraba cuando debía.

Aquella lagarta, amiga de Taylor, tenía que saber muchas cosas. Se imponía, pues, una visita. Pero ¿cómo?

Literalmente me escurrí hacia el cadáver y llegué junto a él. Un cargador, cuyo rostro, hecho un completo amasijo de sangre y huesos rotos era por completo irreconocible.



—¿Me dirás la verdad sobre ese cadáver?

Me incliné sobre él registrando sus bolsillos. Saqué su cartera y desparramé sobre su cuerpo los pocos billetes que llevaba y algunos papeles.

Nada de lo que había me dijo quién era y para quién trabajaba, aparte de hacerlo para Taylor.

Retrocedí ahora y empecé a dar la vuelta en torno al fardo que tenía delante, buscando una problemática salida de aquel lío en que me

encontraba metido.

Pensando en que tal vez el propio Don Taylor y el otro desconocido atacante habían abandonado la partida.

Pero no era así. Lo supe tan pronto como rodeé el gran cajón de madera y flejes de hierro; porque ambos nos vimos al mismo tiempo.

A menos de tres yardas de distancia. El tipo, como los demás, era un completo desconocido para mí.

En su mano había una magnífica, pero pavorosa y negra, “Luger” de gran calibre.

Ambos, sorprendidos por el encuentro que no esperábamos, nos contemplamos en silencio durante unos segundos. Después disparamos a tiempo.

Frente a mí vi el largo y rojo lengüetazo de fuego, y casi en el acto sentí contra mi brazo derecho la mordedura del plomo.

Apreté de nuevo el gatillo.

Pero aquel segundo disparo no hacía falta, porque el tipo estaba cayendo ya de cara, mientras la automática se desprendía de su mano.

Avancé ahora apretando el paso, luego de haber saltado sobre él, buscando rápidamente la salida de los “docks”.

Pero no llegué a ella.

Repentinamente, alguien, procedente tal vez de lo alto de un montón de cajas y embalajes saltó sobre mí.

Intenté defenderme, hurtar el cuerpo y dar la cara, pero recibí un golpe en la cabeza que me hizo caer de rodillas. Después fue un patadón que me lanzó hacia atrás a algunas yardas de distancia, y perdí la automática.

Rodé por entre pilas de paquetes, suciedad y miles de objetos diferentes, hasta que quedé tendido cuan largo era, boqueado, y sacudiendo la cabeza de un lado para otro, intentando en vano despejarla de las nubes que parecían envolverla.

Borrosamente vi la figura de Don Taylor, parado frente a mí, con las largas y fuertes piernas abiertas, y apuntándome con mi propia automática.

—Voy a enviarte al infierno —dijo—. Después, tu cuerpo irá al mar, lejos de aquí, con un plomo en los pies. Como fue Steiner, fisgón.

Intenté decir algo aunque fuera con trabajo.

Lo conseguí cuando él, con una sarcástica mueca en la boca, levantaba la automática. Y mientras hablaba, sin saber por qué, recordé nuevamente a la rubia Marcia, con sus piernas de ensueño.

—Le cogerán de todos modos, Taylor. A usted y al que le paga. ¿Quién es, Murphy?

Su burlona carcajada se cortó en seco cuando levantó el arma y

apretó el gatillo.

Oí la detonación extrañamente fuerte, y, asombrado, el silbido del proyectil arañándome la sien derecha. Después, más asombrado aún, le vi estremecerse de pies a cabeza.

Luego, con una vitalidad estremecedora, se volvió en redondo lanzando proyectil tras proyectil hacia los fardos apilados de su izquierda. Después, antes de acabar la carga, giró hacia la derecha. Pero antes de que pudiera apretar de nuevo el gatillo, muy cerca de él, vi brotar un fogonazo.

Más tarde, mientras Taylor caía de cara, me pareció distinguir la figura de una mujer.

Fue entonces cuando se me ocurrió perder el conocimiento. ¡Con lo agradable que para mí hubiera representado el saber que me besaba!

CAPÍTULO XV

Cuando lo recobré, vi ante mis ojos un amplio escote, que no quise mirar mucho, y el rostro anhelante de una mujer.

Casi en el acto oí sus palabras:

—Te he mirado el brazo, Barry, y apenas si es una rozadura. Por favor, querido, haz un esfuerzo y levántate. Vámonos antes de que venga la policía.

Aturdido aún, miré en torno. El cadáver de Taylor, si es que estaba muerto, no se veía por parte alguna. Entonces me di cuenta de que Linda me había arrastrado hasta casi ocultar mi cuerpo entre unas pilas de fardos de algodón.

Esbocé una sonrisa y pregunté:

—¿Cómo has llegado tan a tiempo, Linda?

—No fue culpa mía, querido. Cuando telefonearon preguntándome qué clase de poderes tenías en la empresa, respondí que todos, y me puse en camino inmediatamente sabiendo que te ibas a meter en un lío. Estoy por estos alrededores desde que sonó el primer disparo. ¿Nos vamos?

Intenté ponerme en pie sin replicar. Ella pasó su maravilloso brazo por mí cintura, para ayudarme, y después de algunos esfuerzos logré levantarme del suelo.

Sujetándome a ella, tambaleándonos los dos, retrocedimos despacio, hasta que repentinamente me detuve en seco.

Al instante noté los maravillosos ojos de Linda fijos en los míos. Al segundo siguiente me llegó su pregunta:

—¿Qué ocurre ahora, Barry?

—El cadáver de Taylor, porque lo mataste, ¿no? Necesito examinarlo. Deseo saber qué lleva en los bolsillos.

Se estremeció entre mis brazos y contestó:

—Sí, Barry, le maté. Iba a matarte a ti y no tuve más remedio que hacerlo. En cuanto a lo que llevaba en los bolsillos, incluyendo dos automáticas de gran calibre, lo guardo todo en mi bolso —sonrió—. Con la mía son tres las armas que llevo dentro del mismo. Un verdadero arsenal. Anda, vamos.

Anduve hasta su coche aparcado muy cerca de donde yo tenía estacionado el mío.

Una vez junto al primero me desprendí de sus brazos y miré el reloj. Las dos y treinta minutos de la madrugada. Una hora en la que

ninguna dama recibiría a nadie en su apartamento.

Pero yo creía estar seguro de que Marcia no era ninguna dama.

Mirando a Linda extendí la mano.

—Dame lo que encontraste en los bolsillos de Taylor, monada —pedí—. Lo necesito.

Sonriendo denegó con la cabeza.

—Nada de eso, Barry. Vendrás conmigo a mí apartamento, y en mi coche. Una vez allí te curaré el brazo, te daré lo que quieras, y después, si lo deseas, podrás seguir metiéndote en líos.

—Deseo resolver eso antes de que el "Kansas City" se haga a la mar, ricura —repliqué.

—Creo que lo conseguirás, Barry. Y por si acaso estás nervioso por los movimientos de Cassidy, Murphy o Jenkins, te diré que nadie podrá moverse ni dar una sola orden, sin que yo lo sepa. ¿Contento?

—¿Cómo lo conseguirás?

Me envolvió en una de sus luminosas sonrisas y dijo:

—Lo he conseguido ya, querido.

—¿Cómo?

—He contratado tres de los mejores privados de la "Agencia Porter". Esos tres hombres me tendrán al tanto de todos los movimientos de mis tres miembros del Consejo de Administración, Barry.

La miré lleno de admiración mientras ella preguntaba:

—¿Nos vamos?

Miré hacia atrás, y dije cuando la encaré de nuevo:

—Tengo mi coche a poca distancia de aquí, Linda. Iré detrás del tuyo, ¿no? No deseo que la policía, cuando venga, lo descubra por aquí.

Sonrió por tercera vez.

—De acuerdo. Pero no me la juegues, Barry.

—No podría hacerlo, encanto —repliqué—. Necesito todo lo que Don Taylor llevaba en sus bolsillos, y mi propia automática, que debes tener tú en tu bolso. Una de las tres lo es.

Sin esperar respuesta retrocedí mientras ella entraba en el "Mercedes".

De pasada hacia mi "Ford" vi las puertas cerradas del bar donde invité a beber a la despampanante pelirroja, y oí el súbito ulular de las sirenas de la policía.

¡Ahora acudían! Acudían, sí, aunque tarde, posiblemente avisados por alguien que a distancia oyó el tiroteo del puerto.

Rápidamente me situé frente al volante, y unos segundos después, dando un rodeo, me alejaba de las inmediaciones del puerto, que pronto se convertirían en un hervidero de policías, camino del

apartamento de la bella Linda.

Llegamos el uno detrás del otro, pero fui yo el primero en abandonar el coche, con el tiempo justo para abrir la portezuela del “Mercedes” y ayudarla a apearse.

—Vamos arriba —musitó.

Subimos en el ascensor.

Minutos más tarde, mientras ella entraba en su dormitorio para cambiarse de ropa, según dijo, empecé a examinar todo lo que Linda había encontrado en los bolsillos de Don Taylor.

Como ya presumía, una de las automáticas era mi propia “Magnum” y lo otra debía de ser la del mismo Taylor.

Su abultada cartera estaba abarrotada de billetes. Pero aparte de esto, nada pude averiguar de lo que tanto deseaba. Aquello, más que uno de los muchos casos en que había intervenido, parecía ser un círculo vicioso, siempre con el mismo punto de partida, y siempre con el mismo final.

Nada.

Ni un simple papel. Ni el número de un teléfono. En fin, lo dicho, nada.

Miré el llavero. Había tres llaves. Una podía pertenecer a su propio apartamento. Al apartamento donde estaba la rubia Marcia. La otra era indudablemente de un coche. En cuanto la tercera, nada me dijo.

Sonriendo guardé el llavero, me puse en pie, y me acerqué al mueble-bar. Empecé a prepararme un “Manhattan”.

Terminaba de hacerlo cuando oí la voz de Linda.

—Prepara otro para mí, querido.

Me volví para mirarla, y suspiré.

Una tenue “négligée” de nylon, transparente como el cristal, y nada más.

Continué con los “Manhattans”, ya que era preferible, pero después no tuve más remedio que acercarme a ella para darle uno de los vasos que aceptó con una de sus luminosas sonrisas.

—Gracias, querido —dijo.

Bebí un poco y me acerqué. Pero cuando intenté abrazarla para besarla, Linda se escurrió de mis brazos, y, ante mi estupor, mantuvo una prudencial distancia entre los dos.

—¿Sorprendido, querido? —preguntó con un deje irónico en la voz.

—Si. Un poco —repliqué—. ¿A qué se debe eso, Linda?

Rio de nuevo. Se estaba burlando de mí. Pero sus palabras, que siguieron a su risa, fueron las más serias que yo he oído en mucho tiempo.

—Es natural, querido. Sé que no te vas a casar conmigo, y no quiero

seguir haciendo la tonta por más tiempo. Ahora, tendrás que besar a Lucy o a tu secretaria.

Mirándola, sin replicar, apuré el “Manhattan” de un sorbo, di media vuelta y, ante su sorpresa, ya que estoy seguro de que no esperaba aquella reacción mía, abandoné el apartamento.

De nuevo en la calle. Las tres y media de la madrugada, según mi reloj.

Nuevamente frente al “Ford”, sabiendo adonde tenía que ir ahora, para realizar la última gestión de la noche. La última, o la penúltima si las cosas se me daban bien en el apartamento de Marcia.

La última, si lo que yo esperaba sucedía, sería la detención de asesino, o su muerte.

No, desde luego, no iba a tener piedad de él.

Creía saber quién era, si bien podía estar equivocado ya que ninguna prueba tenía de ello, y sí ligeras sospechas basadas en sus actos, cuando hablé con él, y de nuevo, otra vez, cuando dispararon contra mí, hiriendo a Lucy.

Eran eso, suposiciones, que ningún tribunal escucharía. El tipo había sabido hacer las cosas bien. Ahora, con la muerte de Don Taylor, su único enlace en aquel tinglado, podía estar bien seguro de que la policía no se podría meter nunca con él.

Recordé a Chandos. O yo era tonto, o mi amigo el teniente no se habría limitado a quitar los cadáveres de en medio sino que, viendo que estos habían sido muertos en el muelle de la “American”, lo habría registrado de cabo a rabo.

—¿Había encontrado algo?

Esta pregunta me la hice en alta voz, cuando ya estaba soltando el embrague.

Media hora más tarde estacionaba el coche frente a la puerta donde el difunto Don Taylor tenía su apartamento.

Crucé la calle.

Llegué a la puerta que daba acceso a la escalera, y que estaba cerrada con llave.

Fue entonces cuando supe para qué servía la tercera llave. Lo comprendí cuando la introduje en la cerradura y esta giró sobre sus bien engrasados pivotes sin producir el más leve ruido.

Cerré a mí espalda, y, lo mismo que la vez anterior, despreciando el ascensor, subí por la oscura y tortuosa escalera.

Frente a la puerta no pulsé el zumbador. No tenía por qué hacerlo. Introduje la pequeña llave “Yale” en la cerradura y esta giró con el mismo silencio con que anteriormente lo había hecho la que desdé la calle conducía al estrecho y oscuro portal.

Después de cerrar de nuevo a mí espalda, escuché durante unos segundos.

Dentro del apartamento no se ora nada, pero un rayo de luz, procedente de la lámpara eléctrica; se filtraba por debajo de la puerta que daba acceso al *living*.

Avancé cautelosamente, y después, con el oído pegado a la madera, escuché de nuevo. Al instante oí claramente el tintineo del cristal chocando contra cristal, y comprendí.

Marcia estaba bebiendo, completamente sola, o bien para celebrar la muerte de su amante, o bien para olvidar su amor, muerto cuando iba a asesinar a un hombre que luchaba a favor de la ley.

No me preocupé ni poco ni mucho de analizar aquellos sentimientos, sino que empujé rápidamente la puerta, abriéndola de par en par, y entré en el *living*.

No me equivoqué; Marcia estaba allí, ¡y de qué forma! Apenas cubierta por algo que parecía una mosquitera de transparente nylon, y con un alto vaso en las manos.

Vi cómo se sobresaltaba al verme, e inmediatamente el vaso voló a mí encuentro mientras decía, mordiendo las palabras con rabia:

—¡Maldito perro bastardo!

Esquivé como pude y el vaso vino a estrellarse contra la pared, a mí espalda.

Avancé un paso hacia ella, sin pronunciar palabra. Ahora, mientras Marcia se desplazaba a un lado, para, acto seguido, tomar de encima de la mesita de noche un pesado cenicero de metal. Fue toda mi ascendencia y descendencia, para el caso de que la tuviera, la que salió a relucir.

Después, el cenicero vino a mí encuentro zumbando como una bala.

Esquivé.

Como el guardameta de un equipo de fútbol cuándo desea que le coloquen “gol” entre las mallas, y después salté sobre Sus piernas de bien relleno nylon, que aunque no llevaba las medias puestas, para el caso era lo mismo.

Ambos rodamos por el suelo en confuso montón de nylon y revoltijo de piernas.

Mientras rodábamos, oí claramente sus imprecaciones dichas sin el menor recato, entre dientes, mordiendo las palabras, y la golpeé en la boca con el dorso de la mano, mientras que con la otra la soltaba.

CAPÍTULO XVI

Marcia salió despedida hacia atrás con sus blancas piernas apuntando no sé a dónde, y al instante, con los labios partidos, sangrantes, se lanzó sobre mí, cuando yo apenas si había logrado incorporarme.

—¡Perro!

Esto fue lo que oí un quinto de segundo antes del encontronazo, y de nuevo ambos rodamos por el suelo, derribando de pasada la mesita ratona y el vaso de *whisky*, junto con la botella del mismo licor.

Y lo sentí. Lo sentí por el licor, que, como buen bebedor, comprendí que él no tenía la culpa de que los humanos, o por lo menos cierta clase de humanos, fuéramos así.

Entretanto, Marcia actuaba como una verdadera gata. Por dos veces noté sus uñas en mi cara, y entonces me vi obligado a golpearla en la mandíbula con el puño cerrado.

Quedó quieta.

Sobre el “linóleum”, con las largas y bien torneadas piernas al descubierto, y con el seno agitado a causa de la no menos agitada respiración.

La miré.

Lo hice pensando en Alma Perkins, y fue entonces cuando hasta mi llegó la verdad de todo. Y me llamé imbécil un montón de reces al no haberlo comprendido mucho antes.

Fue algo así como un chispazo de luz, que iluminó mi atrofiado cerebro, dejándome completamente aturdido.

No es que fuera una prueba concreta contra nadie, pero sí era la completa certeza de saber, por lo menos, quién mató a Alma Perkins disparando un rifle contra su espalda.

¿Cómo probarlo?

Sonreí con dureza sabiendo que, por prueba más o menos aquel cerdo asesino no se iba a quedar sin justicia. Alma lo pedía. Lo pedía también Davison. Steiner y Flanagan, aunque este último podía muy bien ser un chantajista.

No solo podía serlo sino que ya no me cabía la menor duda de que lo era.

Con este pensamiento en la mente me acerqué a Marcia. La levanté, y, llevándola en mis brazos, la deposité suavemente sobre el sofá.

Blandamente. Todo lo blandamente que un hombre puede

depositar a una mujer sobre un sofá luego de golpearla en la cara.

Acto seguido fui al lavabo y llené un recipiente de agua. Hecho esto regresé a su lado, y se lo volqué sobre la cabeza sin miramiento alguno.

Marcia se estremeció, boqueó, estornudó y, después, abrió los ojos, incorporándose sobre el sofá, hasta quedar sentada en él.

—¿Qué quieres? ¿Ya ha estado aquí la policía, bastardo?

Eso fue lo primero que pronunció apenas si me vio parado frente a ella, sonriendo, porque la verdad es que Marcia, en aquel momento, chorreando, con la tela de la abierta blusa pegada sobre el seno, despeinada, sin medias y completamente desaliñada, más que una mujer hermosa, parecía un pato mareado.

Después de mirarla avancé unos cuantos pasos y quedé parado frente a ella, mirándola fijamente.

—Eso es lo que quiero, hermosa —dije—, que me digas a mí lo que a la policía, y un poco más. Y guárdate los insultos para ti, ricura, o recibirás otro golpe. Don Taylor ya no está aquí para...

—¡Tú le mataste, pe...!

Se interrumpió, yo le repliqué:

—Si eso te sirve de consuelo, no fui yo, amor. Fue una mujer. Ahora, ¿quieres contestar a qué vino el teniente Chandos a tu apartamento?

Vaciló y avancé de nuevo hacia ella.

Marcia me miró ahora con ojos asustados, dándome la impresión de ser una rata acorralada por una manada de gatos.

Después habló.

Habló mucho, contestando a todas mis preguntas, entre maldiciones, amenazas y gritos, pero a pesar de ello habló más que una cotorra.

Y me alegré de ello, ya que no tuve que forzarla, cosa que siempre me ha repugnado, tratándose de una mujer.

La muerte de don Taylor después de mi anterior visita, la intervención del teniente Chandos y de nuevo la mía, seguida de unos cuantos golpes, no provocados por mí, la habían desmoralizado por completo.

De tal forma, que al salir de allí, sabía muchas cosas. Incluso llevaba en el bolsillo una pequeña libreta con anotaciones telefónicas.

En esta, un número al que Taylor había telefoneado de tiempo en tiempo. A un número que él solía llamar de vez en cuando.

En verdad no era nada. Un simple número telefónico, un simple trocito de papel, pero que para mí podía representar mucho. Podía ser el eslabón que me faltaba para terminarlo todo.

De nuevo con el volante entre las manos, conduje despacio hasta el

mismo corazón de Broadway y, después de aparcar el coche frente a un "snack-bar", me introduje en él y pedí un bocadillo.

Después fui a la cabina telefónica y disqué un número. Marqué aquel número, poniendo un pañuelo sobre el auricular con objeto de desfigurar la voz.

Tardé más de tres largos minutos en obtener comunicación, hasta que por fin, al otro lado de la línea, oí la voz que esperaba.

Ante la pregunta, hecha de mal talante, de, quién llamaba a aquellas horas de la madrugada, respondí a mí vez con una mentira tan grande como las Rocosas.

—¿No está *miss* O'Sullivan?

Oí una seca maldición y al punto el "clic" del auricular cuando fue violentamente colgado al otro lado.

Pero era bastante.

Bastante para mí, aunque no lo fuera para la policía.

Regresé a la barra donde permanecí por espacio de otra hora, reconstruyendo a mí medida todo aquel tinglado. Pensando, haciendo conjetura tras conjetura.

Después aboné lo consumido, abandoné el taburete y salí a la calle. Dentro del "Ford" conduje de un lado para otro, hasta que sobre las diez de la mañana me estacioné frente a las oficinas centrales de la "American and Company".

Después, llevando la "Magnum" en la funda de la axila, crucé la calle mirando a todos lados. Pero no vi ni a Chandos ni a ningún miembro de la policía.

Ahora fue una simpática morena la que me recibió desde detrás del largo mostrador. Una morena de curvas mareantes y de no menos mareante movimiento de caderas.

—¿Qué desea? —preguntó apenas situarse frente a mí.

—Me llamo St. Durgan —dije—. Barry St. Durgan, y deseo ver a míster Murphy. Ha venido, ¿verdad?

La morena agrandó aún más sus enormes ojos, al conjuro de mi nombre y replicó mientras me daba paso:

—Sí, míster St. Durgan. Míster Murphy ya ha venido. Por aquí, ¿me hace el favor?

La seguí pensando en que aquella era mi última visita. Pensando que tal vez estuviera equivocado y no fuera así.

Continué detrás, lo mismo que en cierta ocasión lo hice tras Alma Perkins, por entre mujeres, máquinas de escribir, ruido y algún que otro cuchicheo, sin fijarme ahora en nada de lo que ocurría a mí alrededor.

Sin fijarme tampoco en el suave balanceo de las caderas de la

morena, que ya es decir.

Frente a la puerta que daba acceso al despacho de Murphy, la morena se detuvo, diciendo:

—Espere un momento, por favor.

Asentí con un mudo gesto de cabeza y ella entró, para regresar al cabo de un par de minutos, diciendo:

—Puede pasar. Míster Murphy le está esperando a usted.

Lo hice inmediatamente después de que ella se hubo alejado.

Murphy estaba sentado detrás de la mesa, lo mismo que la primera vez que le vi, y tampoco ahora se movió ni se levantó para saludarme, aunque sí dijo:

—¡Cuernos, St. Durgan! Creí que estaba en la cárcel.

Inicié una sonrisa de circunstancias.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Oh! No lo sé. Simplemente puedo decirle que el teniente Chandos de la Brigada de Homicidios está deseando echarle la vista encima.

In mente calculé que sería debido a la sarracina que armé en el puerto y me encogí de hombros, mientras avanzaba hacia la mesa.

—Ya me encontrará, míster Murphy. Bien, siéntese, ¿quiere? Ada me ha dicho que deseaba hablarme. ¿No es así?

De manera que aquella morena se llamaba Ada. Un bonito nombre para una bonita figura de mujer.

Mientras pensaba de este modo me dejé caer en uno de los amplios y cómodos sillones, frente a él.

Saqué el paquete de cigarrillos y encendí uno. Luego dejé pasar unos minutos, al cabo de los cuales dije:

—Vengo a hablarle de Alma Perkins, míster Murphy. Frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quiere saber de ella?

—Algunas cosas —repliqué—. Entre otras la siguiente: Sé, porque me lo dijo, que el día en que yo vine a hablar con usted por primera vez, ella tenía la tarde libre. ¿Por qué?

—Pidió permiso para salir.

—¿A usted?

—Claro. Soy el jefe de personal, entre otras cosas, ¿no?

—Sí —hice una pausa y agregué—: ¿Le dijo a dónde iba?

—No. Simplemente alegó que tenía que solucionar un asunto estrictamente particular.

—¡Ya! ¿Qué relaciones la unían a Flanagan?

Casi respingó sobre el asiento, pero se rehízo al instante.

Preguntó:

—¿Cómo diablos sabe esto, St. Durgan?

—No lo sabía. Es una idea que se me acaba de ocurrir. ¿Amigos? ¿Novios o había algo más profundo? Sé que Flanagan pecaba de mujeriego. ¿No era así?

Asintió con un gesto de cabeza y durante algunos minutos permaneció en silencio.

Le dejé que pensara todo cuanto quisiera.

Finalmente habló con voz pausada.

—Eran muy amigos, St. Durgan —dijo—. Si había algo más, es algo que no sé.

Pero yo sí lo sabía.

No se lo dije. No me interesaba por el momento. Simplemente hice una pregunta y cambiando completamente de conversación:

—¿Sabe que anoche mataron en el muelle a Don Taylor? Sé que este era uno de los capataces de la empresa, ¿no?

Palideció un poco.

—Si. El teniente Chandos me lo dijo. También dijo que le mató usted.

Sonreí.

—Eso no es verdad, míster Murphy —dije—. No puede serio, porque no fui yo quien le mató. Mi pistola es una “Magnum”, y con ese arma no fue muerto Don Taylor. Le mató una mujer. Una mujer a quién usted conoce mucho. Le mató *miss* Linda Farrell.

—Entonces, ¿es ella la que...?

—No, Murphy —atajé rápidamente y sin darle tratamiento—. No fue ella la que mató a Flanagan. A Flanagan, como todos sabemos, le mató Phil Davison, que fue contratado ex profeso para eso, después de que Don Taylor asesinara a Steiner, para que Davison pudiera ocupar aquel día la grúa. ¿Va comprendiendo?

—¡Cuernos, St. Durgan! —exclamó—. ¿Cómo ha podido averiguar todo eso?

Me encogí de hombros sin replicar y él añadió entonces:

—Y a Alma Perkins, ¿quién la mató?

Le miré a los ojos.

—A Alma la mató usted, y desde esa misma ventana —repliqué, señalando la que había a su derecha.

Murphy se puso en pie de un salto, con la frente perlada de sudor. Después miró a todos lados, como para cerciorarse de que nadie nos oía.

CAPÍTULO XVII

Luego me enfrentó.

Al segundo siguiente me dio una respuesta que yo ya esperaba.

—¡Está usted loco, fisgón!

Sonreí sin ganas, fríamente, y repliqué:

—Será mejor que se siente, Murphy, y me escuche con tranquilidad.

—Pero, qué diablos...

—¡Siéntese! ¡Hágalo, o saldrá fuera para pedir unos cuantos testigos! Entre ellos a *miss* Farrell.

Miró en torno, y por primera vez vi algo extraño en sus ojos siempre impasibles a pesar de que en su frente, el sudor era cada vez más espeso. Luego se dejó caer sobre el sillón.

—De acuerdo —dijo intentando forzar una sonrisa tranquilizadora —. Le escucho. A los locos hay que darles siempre la razón.

No repliqué a aquello. Me retrepé contra el respaldo del sillón y de inmediato empecé a mentir como un bellaco, entremezclando la verdad con la mentira.

—Anoche Don Taylor y sus hombres recibieron la orden de asesinarme tan pronto como me vieran asomar por el muelle dónde está anclado el "Kansas City", Murphy. Tuvieron mala suerte. Taylor fue el último en morir, pero antes de hacerlo me dio el número de un teléfono. Del suyo. Después habló contándome algunas cosas. Como no me fiara mucho, fui a su casa, y mediante un suave tratamiento conseguí que Marcia, su amante, me explicara el resto. ¿Continúo, Murphy, o desea entregarse sin más?

Sonrió con perfecta tranquilidad, y adiviné que había conseguido templar sus nervios.

—Continúe, pesquisa, deseo saber en qué acaba todo este tinglado de mentiras.

Hice una pausa y fumé en silencio hasta que sin miramiento alguno lancé la punta del cigarrillo al suelo.

Hecho esto empecé:

—La cosa empezó a salirle mal, cuando Flanagan descubrió algo en el muelle. Y lo descubrió por pura casualidad, ya que Flanagan no era un perito propiamente dicho.

Me interrumpió.

—¿Qué era, pues, tipo listo?

—Estaba terminando la carrera. Por tanto, no era raro verle

practicando en cualquier punto. Uno de ellos fue al puerto, donde vio, cómo entre el hierro inservible que se mandaba a Alemania Occidental, convenientemente camufladas, iban piezas de motores de avión. Piezas sueltas, al parecer sin orden ni concierto, pero que debidamente montadas, llegaban a formar un perfecto motor a reacción. ¿No? Flanagan no era un técnico en la materia, pero tenía los suficientes estudios para comprender de un golpe de qué se trataba. Entonces, calladamente, empezó a investigar. Llegó a la misma conclusión que yo, que alguien, alguno de los cargadores del muelle, quizá el capataz, tenían mucho que ver en aquellos.

“Supongo que le saldría al paso en alguna ocasión propicia, y que Taylor, viéndose cogido, no tuvo más remedio que darle el nombre de usted como me lo dio a mí. Flanagan era ambicioso, mujeriego, y tenía pocos dólares ya que carecía de fortuna. Forma de incrementarla, fue hacerle chantaje a usted.

“Pero desde el día en que averiguó todo aquello, había firmado su sentencia de muerte. Usted, en combinación con Taylor, ideó su muerte. Supongo que una de las veces en que pidió más dinero, usted le citó en las obras de ampliación de uno de sus edificios, cuando ya habían eliminado a Steiner, y, conscientemente, Davison le dejó caer encima la viga de hierro.

“Pero Steiner tenía una hermana, que fue la que primero me contrató para que investigara la desaparición de su hermano. Por eso intentó matarme cuando llegamos a la quinta, y por eso me ofreció amparo aquella noche en su propia habitación. Confieso que esto debió hacerme sospechar, ya que de esa forma se creaba una sólida coartada alejando de usted las sospechas de asesinato. ¡El propio asesino ofreciendo el amparo y la ayuda al hombre que deseaba matar! ¡El colmo del cinismo, Murphy! ¿Algo más?

Me miró largamente, respirando con fuerza y, después, exclamó con voz ronca:

—Sí, aún hay algo. ¿Por qué maté a Alma Perkins, pesquisa?

—Por miedo. Alma era algo más que amiga de Flanagan. Conste que esto no lo sé con seguridad. Una vez muerto este, usted empezó a tener miedo de la muchacha, por lo que ella pudiera saber del asunto. Tal vez no la hubiera matado nunca de no intervenir yo. Bastó que usted supiera que ella estaba citada conmigo, para que perdiera la cabeza y la eliminara por su propia mano. Puede también que la vigilara, y más cuando inopinadamente pidió una tarde libre, y casualmente a usted se asomó viendo cómo se dirigía a mí coche. Tuvo miedo a que pudiera hablar más de la cuenta, y la mató por eso.

Callé sin dejar de mirarle.

—Eso no son nada más que fantasías, pesquisa. ¿Cómo puede probarlo?

—Solo de una forma, o tal vez de muchas, Murphy. Tengo el testimonio de la amante de Taylor, además su número de teléfono, su número particular, y no este, anotado en una libreta propiedad de Taylor. Puede que esto sea suficiente para el teniente Chandos, Murphy.

—Puede que sí. Pero, ¿quiere decirme qué hago con esas piezas en la Alemania Occidental? ¿Me las como?

Ahora sí reí:

—¿Desea que se lo diga también, Murphy? —me arrellané en el asiento y, después, sin perderle de vista, observando hasta sus más mínimos movimientos, dije—: Ese material no va a la Alemania Occidental, Murphy. Ese material, y al decir material me refiero a los cajones que contienen el hierro, son recogidos antes de que el barco llegue a aguas jurisdiccionales alemanas. Supongo que por un submarino, una barca, o un mercante, de la otra parte. ¿Comprende? De esta forma, cierta potencia extranjera está de continuo al corriente de lo que se fabrica en Estados Unidos, en materia de motores a reacción. ¿No es así? Y, claro está, contra entrega, usted y sus sicarios reciben el pago de la mercancía, ¿me equivoco?

Entre los dos hubo ahora un extraño silencio. Repentinamente Murphy metió la mano en uno de sus bolsillos y me tensé dispuesto a disparar contra él apenas me diera la más leve oportunidad.

Pero no fue así. La sacó, llevando un paquete de cigarrillos, encendió uno y replicó:

—Está bien, pesquisa. Es usted un tipo listo. ¿Quiere saber algo más?

—No. Si se refiere a los motivos que haya tenido para hacer esto, también se los puedo decir yo.

—¿De verdad? ¿Cuáles son si pueden saberse?

—Su ambición. Su odio a la que hoy ocupa la presidencia de esta Compañía. El motivo no es otro que el deseo de llevar al desastre a la “American and Company”, Murphy. Su deseo, y ya que usted es el que tiene menos acciones en ella, es, después, apoderarse de todas, y constituirse en el dueño absoluto de todo. ¿Es o no cierto lo que digo?

Sonrió, pero su sonrisa carecía de burla y cinismo. Era más bien una sonrisa cansada, hastiada de todo.

—Lo que he dicho, pesquisa —replicó—. Es usted un tipo listo. Demasiado. Algún día tropezará con una bala.

—¿Disparada por usted?

Se encogió de hombros.

Fue a replicar, y en aquel momento llamaron a la puerta del despacho. Instintivamente me volví, para en el acto, con una vaga sensación de peligro, encarar de nuevo a Murphy.

Casi en el acto rue dejé caer hacia atrás, volteando con sillón y todo, y llevando la mano a la funda de la axila, mientras que Murphy disparaba contra mí con una "Parabellum" de gran calibre.

Disparé a mí vez mientras con las piernas golpeaba el sillón para apartarlo de mí.

Fallé, y al instante vi a Murphy, en pie, detrás de la mesa, apuntándome de nuevo.

Me hice a un lado y el plomo chascó sordamente contra la pared, a mí espalda, después de haberme rozado el oído izquierdo. Luego, en los segundos siguientes, en el interior del despacho del jefe de personal de la "American and Company" no se oyó otro sonido que el retumbar de mi automática.

Murphy fue llevado de un lado para otro, impulsado por la fuerza de los pesados proyectiles, hasta que sin un solo gemido, se desplomó detrás de la mesa.

Me puse en pie.

Al segundo siguiente la puerta del despacho se abrió violentamente, y, en el umbral, vi enmarcada la maravillosa figura de Linda Farrell, llevando una automática en la mano.

Detrás de ella algunas de las muchachas. Las oí gritar.

Lentamente, mientras los gritos cesaban para dar paso a un sinfín de cuchicheos, me acerqué al teléfono y empecé a discar el número de la policía.

Después me dejé caer sobre uno de los sillones y cerré los ojos.

⋆ ⋆ ⋆

Luego de mis declaraciones, Marcia fue detenida. Con ayuda de ella, varios hombres, con cargos importantes en el muelle, y en los barcos de la "American and Company", fueron detenidos cuando no muertos a tiros por la Brigada de Homicidios y el F. B. I., ya que ambos trabajaron conjuntamente durante más de cuatro días seguidos.

Después renació la calma para todos, y especialmente para mí, según creía yo en aquel entonces, pero lo cierto fue que al sexto día, después de un bien merecido descanso, me presenté en la oficina.

Marga fue la primera persona que vi, como cosa lógica. Me recibió con una desacostumbrada seriedad en ella, y no me besó.

Me encogí de hombros y pasé al despacho en donde estuve gran parte de la mañana, o bien leyendo algunas revistas, o bien haciendo

cuentas sobre el mejor modo de gastarme los dólares que había recibido como pago por aquel asunto.

A la hora de la comida se presentó Marga.

—Me largo, pesquisa —dijo—. ¿Estarás aquí esta tarde?

Repliqué con la verdad.

—No, ricura. Esta tarde la voy a dedicar a comprarme algunas cosas que me están haciendo mucha falta. ¿Por qué?

—Porque si no es así, podrías llevarme a alguna parte a cenar, ¿no?

Pensé durante unos segundos.

—Sí, claro —dije—. ¿Qué te parece “El Terrence”?

“El Terrence” era por aquel entonces uno de los mejores restaurantes de la Quinta Avenida, y Marga lo sabía. Por eso sonrió.

—A las nueve estaré allí, querido.

Se fue dejándome solo con mis pensamientos, y mis castillos de arena. Después me puse en pie, tomé el sombrero, y sonó el teléfono. Fui a él y levanté el auricular.

Era Lucy Steiner.

—¿Qué tal, Lucy? —pregunté—. ¿Cómo va esa herida?

—Casi curada del todo. Oye, ¿por qué no vienes esta noche a mí apartamento? Tengo una buena botella de *whisky*. ¿Vendrás?

La adiviné anhelante, con el oído pegado al auricular.

—No podré, nena —dije.

—¡Oh! Pero...

—Escucha —la interrumpí—. Sé buena chica, ponte tus mejores trapitos y ven a cenar conmigo al “Terrence”. A las nueve. Sabes dónde está, ¿no?

Asintió contenta, colgué, y me puse el sombrero. Abrí la puerta, pero apenas si crucé él umbral, de nuevo oí el repiqueteo del timbre del teléfono.

Con un suspiro crucé el despacho y levanté el auricular. Se trataba de Linda.

—Eres un golfo, querido —dijo sin más preámbulos—, pero como no puedo pasar sin ti, ¿por qué no vienes a mí casa esta noche?

Sonreí. Aquello era muy propio de Linda.

—Escucha, ricura. Suponte que no puedo, que será lo más lógico. ¿Por qué no lo dejas para otro día?

—Otro día no me verás. Salgo de viaje, Barry, mañana por la mañana.

Pensé rápidamente.

—De acuerdo, tesoro. Te espero a las nueve en el “Terrence”. Eso está en la...

—Ya lo sé, querido —me atajó rápidamente—. En plena Quinta

Avenida. Desde luego, iré. Tengo que hablar contigo de algo muy importante.

Colgué.

Pero después, pensándolo mejor, dejé el auricular sobre la mesa y salí a la calle. Pensando.

* * *

No fui al "Terrence" aquella noche. No podía hacerlo. Quería a Barry y lo que tenía que decirle era muy mío, y no del público que seguramente abarrotaría las mesas hasta más no poder.

Deseaba la intimidad, y no otra cosa. Por tanto, me quedé en casa, leyendo, recostada contra el respaldo del sofá, pero las letras bailaban ante mis ojos.

Era en vano, no podía centrar mis ojos en lo que estaba leyendo. Ni mis ojos ni mi pensamiento.

Este último estaba prendido en el recuerdo de Barry. Este, que al no verme en el "Terrence" iría en busca de su secretaria o en su defecto...

Consulté el reloj.

No pude ver la hora ya que en aquel momento llamaron a la puerta.

Fui a abrir. Era Barry.

Mi primera impresión fue de estupor. Después de cólera, y acto seguido intenté darle en la cabeza con el tacón del zapato. Barry no me dejó, en aquel momento me abrazó y perdí la noción de todo.

Ahora solo queda por decir una cosa: al despuntar el día nos casamos, y el viaje que pensaba emprender completamente sola, lo hice acompañada de él.

Pero ustedes ya lo habían supuesto, ¿verdad?

En cuanto a Lucy y a Marga, poco puedo decir. De la primera, que continúa como modelo. De la segunda, sé que mi marido, a nuestro regreso del extranjero, la ha tenido que subir el sueldo.

FIN







EN DEUDA CON LA MUERTE

por A. Rolcest

Jerry había hecho grandes proyectos para el futuro. Pero todo se vino abajo cuando una noche se encontró con el cadáver de su mejor amigo, lo bastante cerca, para que le acusaran de asesinato.

Aparecerá la próxima semana en la colección **BUFALO** * * * * * * * * * * *

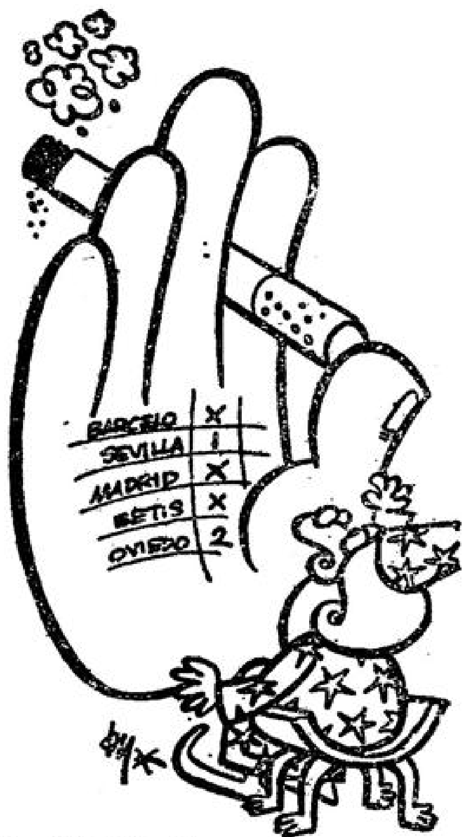
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

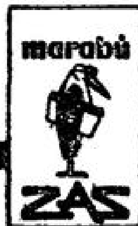
¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



MARABU ZAS



FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 253-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain